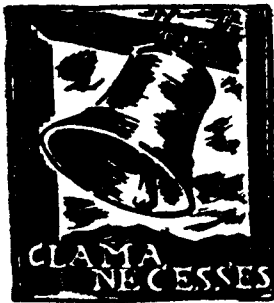


CRISTIANIDAD



58 RAZON DE ESTE NUMERO

Y
59

sación sobre política internacional, y preséntase como símbolo de los problemas difíciles y de inquietante solución que surgen por doquier en esta postguerra atormentada.

Dedicamos el presente número a tratar de Palestina, cuestión candente y de viva actualidad relacionada con lo que ha venido llamándose el problema judío. La agitación en el Próximo Oriente procede esta vez del lado judío y se orienta al parecer hacia la consecución de un asentamiento definitivo de dicho pueblo, disperso por todos los ámbitos de la Tierra, en los Santos Lugares.

Este problema — el de la inmigración judía hacia Palestina — nos afecta como católicos porque afecta a la Iglesia. En 1922 Pío XI decía: «Ahora que la Sociedad de Naciones volverá a ocuparse próximamente de Palestina, hacemos Nuestra la súplica y voluntad de Nuestro Predecesor; de que, llegado el día de arreglar definitivamente el asunto de Palestina se respeten y mantengan incólumes los derechos que tienen allí la Iglesia y el mundo cristiano; más aún, por conciencia del Oficio Apostólico, queremos que los derechos de la Iglesia Católica — que son claramente superiores a otros derechos — queden firmes e inquebrantables no sólo con preferencia a los hebreos e infieles, sino a todas las sectas católicas de cualquier nación o pueblo».

El Editorial titulado: **Algún nuevo «Piccolo Tigres en acción»** trata del sentido que pueda tener la agitación judía en Palestina.

A continuación siguen los artículos: **¿Tiene trascendencia universal el problema de Palestina?**, por Fernando Serrano y Misas (págs. 302 y 303); **Palestina: Composición de lugar para su estudio**, por el P. Juan Serrat, S. J. (págs. 304 a 306); **Dominaciones extranjeras en Tierra Santa**, por Luis Trabazzo (págs. 307 a 309); **Tel-Aviv, flor de Primavera**, por Luis Creus Vidal (págs. 310 a 312); **Actualidad de Palestina: Las reivindicaciones católicas de Tierra Santa**, por Luis Luna (págs. 312 y 313); **Mensaje a los poetas del Mundo**, por Francisco Leal Insúa (pág. 314); **Palestina y los Judíos**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 315 y 316); **La situación en Palestina: «Dios lo quiere»**, por Vicente Risco (pág. 317); **La Santidad en el Trono: Isabel de Aragón: «Rainha Santa» de Portugal**, por J. M.ª Font Rius (págs. 318 a 321); **La «Obra Nacional de la Buena Prensa»**, por Javier Rodríguez, Pbro. (págs. 321 a 323).

Cierra el número el **Noticiero quincenal**.

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.ª Serra Goday.



CULTURA BÍBLICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA DE DIVULGACIÓN

*A cargo de la Sección
de Propaganda
de A F E B E*

Apartado, 84

SEGOVIA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

SUSCRIPCIÓN:

Anual 48'00 ptas.

Semestral . . 24'00 ..

Número ordinario: 2'50 ptas.

COLONIA
Gualda
AHUYENTA LOS
MOSQUITOS

UNA SOLA FRICCIÓN EXTERMINA
EN EL ACTO TODA CLASE DE PARASITOS

Anuncie Ud.

en **CRISTIANDAD**

LUZ

y

VIDA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

P. P. Teatinos

Dirección y Administración:
General Barceló, 42
PALMA DE MALLORCA

CRISTIANDAD

NÚMS. 58 y 59-AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446
BARCELONA

15 Agosto - 1 Septiembre de 1946

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 26676
MADRID

Algún nuevo "Piccolo Tigre" en acción

¿Qué pasa en Palestina? Esa pregunta nos la venimos formulando casi a diario desde hace bastante tiempo. Su respuesta es fácil, en cierto modo; basta leer la prensa diaria para saber lo que pasa, los hechos escuetos que en tal lugar se desarrollan.

Pero si fácil es hallar respuesta a ese interrogante, no lo es tanto respecto del siguiente: ¿Por qué pasa?

¿Qué fuerzas o qué esfuerzos son los que mueven continuamente los encontrados intereses de forma que no haya paz ni tranquilidad? ¿Qué fin se proponen?

Hace algún tiempo podríamos decir que Palestina pasó por lo que llamaríamos la "crisis árabe". Era la época de las revueltas y turbulencias producidas por los musulmanes; considerándose postergados en su derecho a esa parte de la tierra, mantenían en continua vigilancia y sobresalto a las tropas inglesas ocupantes, motivando repetidas y, a veces, duras represalias. Transcurre el tiempo en su invariable decurso y vemos cómo, sin haber obtenido ninguna situación estable ni ninguna ventaja concreta, permaneciendo con los mismos derechos y las mismas limitaciones que antes, existiendo el mismo grado de penetración y progreso judíos, los árabes callan, se calman, se apaciguan y permanecen en pacífica actitud cual si ya nada tuvieran que oponer. ¿Quién los levantó y quién dispuso que se calmasen?, pues si lo primero podría tratar de explicarse por una especie de rebelión contra la posible opresión del elemento que juzgan intruso, en cambio no es fácil hallar justificante en ese sentido para lo segundo.

Apenas amaina el temporal islámico, empieza a embravecerse el hebreo. Pese a todas sus quejas, los podemos ver en creciente situación de dominio; el índice numérico de sus miembros allí establecidos aumenta constantemente; a ratos oficial y a ratos oficiosamente sigue casi sin interrupción la corriente inmigratoria. Tienen ciudades propias, aumentan sus capitales e inversiones y es patente su superioridad económica en relación con el otro elemento discordante. Y, sin embargo, nos encontramos ahora en momentos de aguda "crisis judía" en Palestina.

Los que se consideran preteridos, los que sienten mermar sus derechos con la entrada de nuevos grupos judíos, callan; y no son precisamente los árabes gente pacífica ni sufrida pues más bien tiene fama de levantisca. En cambio, el judío, por regla general, más callado, más sufrido y más acostumbrado a conseguir las cosas por medios indirectos, que rarísimamente recurre a la violencia, y que pese a todo está en situación preferente, ahora se agita, se arma, protesta, planea acciones bélicas y se coloca en franca rebeldía. ¿Por qué de esa paradoja? ¿Quién mueve a unos y otros?

Hace unos cien años podíamos ver a un misterioso personaje, que con apariencia de banquero recorría países, preparando rebeldías y levantamientos que poco tardaron en producirse. Usaba el pseudónimo de "Piccolo Tigre" (Vid., CRISTIANDAD, n.º 53) y doquiera ejerció su maligna actividad, allí la revolución mantuvo constante el desasosiego.

¿No habrá nuevos "piccolos tigres" de idéntica procedencia y finalidad actuando en nuestros días?



¿Tiene trascendencia universal el problema de Palestina?

Una breve mirada analítica de los acontecimientos recientes en Palestina es como para volver loco a cualquiera.

¿Quién es el que gana y quién es el que pierde?, pues resulta que todos protestan. Los árabes se sienten intranquilos; en sana lógica, si sus oponentes son los elementos judíos, éstos se habrían de sentir felices; pero no obstante no es así, sino que violentamente se amotinan, sabotean y producen toda clase de alborotos y protestas.

Impulsada por fuerzas o razones que no es del caso analizar, Norteamérica lanza la bomba de su proyecto de apoyar la inmigración de cien mil judíos a Palestina.

La reacción es inmediata en el campo árabe. Tiemblan las concesiones petrolíferas en los países islámicos a favor de los americanos, se proyecta una "guerra santa"; se reúnen los cinco más destacados Jefes de Estados árabes y hasta tiene lugar una misteriosa fuga de un jefe espiritual de la comunidad musulmana, que, prisionero o no, sale a hurtadillas del país donde se hallaba para acercarse al teatro de la lucha.

Con curiosa demostración de cómo perciben y juzgan, con esa fina sutileza que se dice es característica al árabe, los posibles y opuestos centros de influencia, jugando así a las dos cartas, según referencias dadas por la prensa, primeramente a raíz de aquella noticia salió una comisión de destacados elementos a gestionar el apoyo para su causa de Moscú; y poco después, puede que para completar el efecto a conseguir, puede que por no ser del todo satisfactorio el éxito logrado, reiteradamente se ha dicho que otra comisión de la misma naturaleza se había desplazado a Roma y esperaba ser recibida por el Santo Padre "a fin de llamar la atención del Vaticano sobre el problema de Palestina". No está claro, qué entenderán por "llamar la atención", pues si deseaban que la Santa Sede se apercibiese de la cuestión solamente, era absurdo; y si pretendían que les apoyase en sus derechos parece un tanto aviesa la intención, pues desde el punto de vista cristiano, tan extraños son en Tierra Santa los árabes como los judíos.

Entre tanto, mientras los musulmanes se reúnen y gestionan, los judíos se arrancan con un exacerbado furor en defensa de lo que llaman sus derechos. Creo que es simplemente coincidente, y que obedece a los grados extremos de provocación a que llegaron, pero sucede que poco después de las citadas reuniones árabes, parece cual si la potencia dominante se volviera contra los judíos y a

favor de los árabes. Se procede a una operación militar en toda regla, se intervienen carreteras, radios, prensa, centros y todo núcleo vital judío, y se detienen a sus más calificados elementos; dejando en cambio tranquilos y sin molestarlos a los musulmanes.

Todo hace pensar que se ha entrado en una mala hora para las reivindicaciones hebreas. Inglaterra se muestra francamente severa, en apariencia, y su escuadra recorre vigilante las costas palestinas dispuesta a evitar la llegada de un sólo emigrante más, mientras en tierra nuevas divisiones, arribadas al efecto, completaban la tarea de represión.

Cuando más recia era la campaña inglesa, cual si fuese una aparente desaprobación de la misma, o quizá para dar a entender a los sublevados que el éxito sería suyo, Norteamérica declaraba de nuevo, por medio de su más calificado representante, que mantenía su propósito de la llegada de cien mil judíos.

¿Era real todo ese aparato represivo? Entre tanto todo ello sucedía, daba la "casualidad" de que concurren simultáneamente a Londres el Alto Comisario inglés, y el presidente de la Agencia judía y destacado miembro del Sionismo internacional Chaím Weizmann.

Y poco después las agencias de noticias daban referencia de la probable conclusión de un acuerdo angloyanqui para el envío a Palestina de cien mil judíos.

Naturalmente, las noticias siguientes a esa referencia nos indican, cómo los árabes reaccionan a su vez y afirman estar dispuestos a "luchar hasta el fin" de prosperar tales decisiones. Un nuevo alarde judío con la trágica explosión del Hotel David, con más de un centenar de víctimas, y a poco la respuesta contraria anunciando una vez más, la llegada a Roma de la comisión árabe.

Y así podríamos seguir quizá indefinidamente.

* * *

Los judíos que, de un siglo a esta parte, bien pueden considerarse como los amigos de Inglaterra, de la que sucesivamente se fueron apoderando, dicho sea en sentido metafórico con progresiva abolición de las leyes restrictivas de derechos dictadas contra los mismos, y que hoy día han llegado a un elevado grado de poderío en dicha Nación, detentando títulos, sentándose en los escaños de los Comunes y de la Cámara de los Lores, emparentando con las más distinguidas familias y controlando una parte nada pequeña de las más fuertes empresas inglesas, se han vuelto contra ella. ¿Por qué?

Hay quien alegraría seguidamente que los unos son los judíos ingleses y los otros son los judíos palestinos, pero ese argumento carece por completo de fuerza, pues sobradamente sabido es que su nacionalidad aparente no es sino una accidentalidad que en nada afecta a la unidad completa de la raza. Si de algún pueblo cabe decir que en su dispersión conserva íntegramente sus vínculos como tal, con independencia del pabellón al que circunstancialmente se hallen acogidos, no cabe duda que ese pueblo es el judío.

Difícilmente podremos encontrar en la historia un caso en que los viéramos formando en dos bandos opuestos y luchando entre sí. Las más recientes y grandiosas guerras, bien a las claras nos muestran cómo, haciendo caso omiso de su denominación de alemanes, italianos o húngaros, en realidad los judíos sólo estuvieron en un sólo lado y de un solo frente. Cosa que no hace sino confirmar la accidentalidad de su nacionalidad aparente y la realidad de su unidad.

Pues bien, sin desviarnos demasiado de la cuestión, esos judíos amigos de Inglaterra, en la que habitan con con todos los honores y privilegios, se han revuelto contra ella, y contra la misma lanzan toda clase de medios de ataque, desde los sangrientos de la bomba y atentados armados, hasta los sutiles de la oratoria y citas bíblicas contra el invasor.

No nos extendemos a referir los primeros pues sobradamente lo ha hecho la prensa diaria. En cambio,



Rabinos en Jerusalén



Viejo hebreo de Hebron

por cuanto expresan hasta qué punto consideran los judíos a la potencia dominante en Palestina comparable con los más terribles enemigos, citamos a continuación algunos ejemplos de los segundos.

Así, hace poco, para excitar al pueblo a la rebelión uno de los jefes judíos recordaba emocionado las gestas de los de su raza en los libros sagrados. Otro, desde el mismo Jerusalem, hacía la apología de los Macabeos caídos frente al invasor. Y en Roma, el rabino Israel Beeretz, rememoraba ante los judíos de este país, los pasajes más famosos del pueblo de Israel y su destrucción como nación independiente. Parece cual si todos ellos hubiesen obrado obedeciendo a una consigna, pues simultáneamente, en diferentes sitios y ante diferentes auditorios se expresaron en términos similares.

Este último, Beeretz, convocó más de tres mil judíos ante el Arco Triunfal de Tito, el emperador que precisamente destruyera el templo de Jerusalem, y tras una serie de citas del Talmud, dirigió su puño lleno de amenazas contra el Arco, levantado en el siglo I para conmemorar el aplastamiento del pueblo judío, y recordó el episodio en la siguiente forma: "Hace exactamente diez y nueve siglos se nos obligó a desfilar como esclavos debajo de este Arco; desde aquella época no hemos vuelto a ser un país unido y libre."

¿Será ahora posible que el pueblo judío vuelva a unirse como Nación en tierras palestinas?

* * *

La exposición de esa serie de hechos tal como, con arreglo a su acaecimiento, la hemos hecho, induce a creer que sin duda se trata de una especie de pugna judeo-árabe controlada y mediatizada por los elementos ingleses.

¿Es realmente así? ¿Se trata de un mero problema local que afecte a ambos pueblos, o por el contrario es algo de más importante y universal trascendencia?

No es fácil dar respuesta adecuada a esa pregunta. Por nuestra parte nos inclinamos a ver y apreciar en el fondo de esta cuestión aspectos de mayor trascendencia que la mera disputa del derecho a expansionarse en el territorio palestino.

Considerando el fondo de la cuestión, se nos presentan una serie de interesantísimas consideraciones a hacer, si se miran los hechos desde el punto de vista de los textos bíblicos.

Según opinión corriente entre los cristianos, fundada, a lo que se cree, en profecías contenidas en las Sagradas Escrituras, el pueblo judío no podrá volver a reunirse como a tal, en un país, formando un Estado, por lo menos, hasta que sea próximo el fin del mundo.

De ser esto así nos encontramos ante una serie de interesantísimas alternativas. O el actual propósito de los

hebreos de hacer de Palestina un Estado judío, está condenado al fracaso, o, por el contrario, si el éxito les acompañase y llegaran a conseguir reagruparse en una sola Nación, es que estaría próximo el fin del mundo, cosa que estimamos en absoluto improbable, y admisible sólo por opiniones influidas por la superstición del todo desdefiables.

Bien es de ver que la fuerza de estas consideraciones estriba en la certeza de tales interpretaciones de los Sagrados textos. Sin entrar, por el momento, a analizar las posibilidades de exactitud de tal creencia, abstención que procede de un deliberado propósito en tal sentido, pues pensamos dedicar más adelante amplio estudio a este tema, nos limitaremos a citar, como aleccionador, un hecho: El único intento formal, que consta en la historia, de erigirse de nuevo como Nación y reconstruir el Templo, por parte del pueblo judío, hace diez y siete siglos, fué condenado al más rotundo fracaso.

Nos referimos a los hechos sucedidos en tiempos de Juliano el Apóstata, siendo San Cirilo Obispo de Jerusalem, quien precisamente predijo el resultado final de los mismos en la forma que a continuación exponemos (1).

Allá por el año 362 de nuestra era, este funesto emperador, llevado de su odio a los cristianos, concibió la idea, más de una vez repetida en la historia, de buscar apoyo y colaboración entre los judíos para su empresa contra el cristianismo. De acuerdo con ellos tomó la decisión de reedificar el Templo, símbolo el más destacado de su nacionalidad y religión. Como Jesucristo profetizara: "Día vendrá en que no quedará aquí piedra sobre piedra", según escribe su contemporáneo San Juan Crisóstomo: "para poner a prueba el poder de Jesucristo, es por lo que el pagano se ponía al servicio de la causa judía".

Con todo el ímpetu que imprime el odio y el furor, la decisión se transformó rápidamente en realidades. La obra adquirió carácter oficial. Alipio, relevante personaje, fué nombrado director para los trabajos. Sumas considerables fueron destinadas al efecto y puestas a su disposición; el pueblo judío, por su parte, allegó no menos importantes fondos. Numerosos voluntarios prestaron su esfuerzo personal.

Como quiera que de resultas del incendio destructor, quedaban aún restos calcinados del antiguo templo, se procedió primeramente a la demolición de los mismos. En su empeño no hacían así sino dar más perfecto cumplimiento a la profecía del Mesías, pues luego de sus trabajos de explanación no quedó piedra sobre piedra.

Mas he aquí que llegado el momento de iniciar la excavaciones para empezar las obras de cimentación del nuevo templo una serie de movimientos sísmicos fué perturbando los trabajos. El terreno se hizo inestable y más de una vez las zanjas abiertas la víspera aparecieron cegadas a la mañana siguiente. Un terremoto que se hizo sentir en Jerusalem, derribó un pórtico donde se hallaban guarecidos numerosos excavadores judíos, muriendo aplastados la mayoría de ellos. Con la tenacidad característica de su raza, persistieron los judíos, apoyados por la obstinación pagana. Hasta que se produjo un nuevo fenómeno,

Lo refieren gran número de escritores cristianos, pero por ser más imparcial nos remitimos al testimonio del escritor pagano Anmiano Marcelino. Escribe: "En el momento en que Alipio, con ayuda del Gobernador de la provincia, urgía más los trabajos, unas llamaradas terribles, sallendo reiteradamente de los fundamentos, hicieron el lugar inaccesible a los obreros e incluso quemaron a varios de ellos. Por esa razón, ante la oposición continuada de los elementos, hubo de ser abandonada la empresa".

* * *

Este primer intento de constituir un nuevo Estado judío, fracasó como podemos ver.

¿Llegará a tener éxito el presente?

FERNANDO SERRANO Y MISAS

(1) Datos tomados de la obra de Paul Allard, *Julien l'Apóstata*, página 137 y siguientes.

Ver CRISTIANDAD, núm. 8, 13 de Julio 1944.

PALESTINA

COMPOSICION DE LUGAR PARA SU ESTUDIO

Insiste San Ignacio en los Ejercicios acerca de lo que él llama COMPOSICION DE LUGAR que es una representación imaginaria, ideal o fundada en la realidad histórica, que ayuda a la inteligencia para la meditación de las verdades de la fe. Así en la Contemplación del Nacimiento, quiere que consideremos "la longura, la anchura y si llano o por cuevas sea el tal camino", se entiende el camino desde Nazaret a Belén (112).

Los Directores de CRISTIANDAD, me piden hoy una composición de lugar palestinense que sirva de marco a los estudios que ofrecen a la consideración de sus lectores en estos momentos trágicos de Tierra Santa.

A la manera de un grano de trigo, aplastado, molido por grandes piedras; aquel exiguo país, ha sido triturado, pulverizado innumerables veces por los grandes imperios que en el transcurso de los siglos se han formado al norte, al sur o han venido de lejos, de Roma.

Ha sido dominado por Asirios, Babilonios y Persas; ha sido destruido por Egipto; lo han surcado en todas direcciones las legiones romanas; dominado por los musulmanes, reconquistado por los cristianos, otra vez en poder del musulmán... ¿Y ahora? La infiltración sionista del brazo con el cisma y el protestantismo, intenta añadir nuevas humillaciones a las humillaciones infinitas que ha sufrido Tierra Santa.

Cuando se ven ondear sobre la tierra de Cristo las banderas de odio y ninguna bandera de Cristo; ¿se pueden olvidar las palabras de Jesucristo?

"¡Jerusalem! ¡Jerusalem! Que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¿Cuántas veces quise recoger tus hijos como la gallina recoge sus pollitos bajo las alas y tú no lo has querido?

He aquí, que vuestra casa va a quedar desierta" (Mat. 23, 37-38).

Hoy ciertamente es una casa desierta de Cristo. Tierra de Judíos, tierra de Mahometanos, tierra de Cismáticos; sólo Cristo es un peregrino, que si tiene un hogar, lo debe no a su nación; lo debe a los sacrificios heroicos de los Franciscanos latinos y a la caridad de los cristianos de todo el mundo. ¡Jesucristo es un extraño en su tierra!

Y con todo, no hay país del mundo que haya sido visitado y recorrido con tanto amor; medido con tanta diligencia; deseado con más ardientes ansias; recordado con más añoranza.

Es la Tierra Santa para los Judíos que tienen su historia vinculada con aquel rincón del mundo; Tierra Santa para los cristianos pues recuerda la historia divina, la vida de Cristo, la fundación de la Iglesia, la redención del humano linaje.

Tierra Santa para los Mahometanos, que han sembrado de leyendas todos los rincones de Jerusalem y se creen herederos de los grandes Patriarcas y dominan en absoluto el Cenáculo, la Basílica de los Patriarcas en el Hebrón; el solar del Templo de Jerusalem con la roca de los sacrificios del Antiguo Testamento y la Basílica que a honra de la Purificación de la Virgen, construyó Constantino.

Todas las Religiones, todas las sectas, todas las naciones envían sus representantes, los cuales, ya por el oro, ya por la política, ya por la violencia, trabajan por asentar el pie en cualquier sitio y por cualquier motivo y desde una roca, de un pozo, de un monumento funerario gritan sus derechos a todo el mundo.

Y el atractivo, no le viene ciertamente de sus bellezas naturales, ni de los ríos, ni de los bosques, ni de la riqueza del subsuelo, ni de su arte misérrimo.

Sabe muy bien el peregrino o el turista que no ha de encontrar monumentos antiguos o modernos que justifiquen tanta expectación.

El arte palestinense que fué siempre misérrimo, es ahora el polvo de los caminos sobre el cual ha pasado el rodillo de los siglos.

No es el goce de los sentidos, ni el afán de diversiones, ni la vida plácida, ni el clima agradable lo que atrae al turista: el atractivo irresistible le viene tan sólo de la voluntad de Dios, que se dignó escoger aquel rincón del mundo, para comunicarse con la humanidad; por los Patriarcas y Profetas primero, luego por el Verbo Encarnado.

No hallaréis en el mundo algo más triste que las montañas eternamente desoladas que forman el anfiteatro llamado desierto de Judá y que desciende hasta la llanura de Jericó y Mar Muerto y con todo, aquella inmensa desolación, aquellas grietas profundas, aquellos barrancos que no pueden dar vida a una caña ni de beber a un pájaro; os cautivan el corazón.

¡Triste ciudad la ciudad de JERUSALEN! Barrancos secos, esqueletos de piedra en cuyas concavidades vegetan algunos olivos austeros. Pues bien, aquellos barrancos secos, y aquella austeridad y miseria, sugestionan con más fuerza que la ubérrima fecundidad de las tierras regadas por el Nilo.

Sentimientos extraños de gozo y de tristeza; de miseria y de grandeza que ha sabido expresar maravillosamente el poeta y sacerdote Miguel Costa y Llobera en sus "Visions de la Palestina —X— JERUSALEM".

"Damunt la grisor del pedregar se sent atreta la vista, i el cor hi vola saludant: vet-aquí la Ciutat Santa, la Regina dels misteris.

La terra on se sosté, sembla escruxida de prodigis: el cel que la cobreix, sembla congestionat de visions.

Seu la gran vidua de Judá, en la quietud de son dol: seu damunt les montanyes santes que són clapers de sepulcres.

Guaita amb l'estupor de la vellesa, i de la servitud: guaita les tres valls obertes com a fosses a ses mateixes plantes.

A l'orient Josafat, a migjorn Gehenna, i Gihom a ponent. No sab quina de les tres valls és més trista i desolada.

Jerusalem! Visió de pau t'anomenaren i ets la gran víctima de la guerra: tretze vegades envaïda, tres voltes del tot arrasada.

Ta destinació fou atanyer lo sublim dels extrems: santedat i abominació, excel·lència i oprobí, ciutat de Déu i deïcida.

Oh, ciutat de la glòria i del terror! Ta sort només pot explicar-se pel Calvari; l'Arca vera de ta santificació, es aquest sepulcre on fou vensuda la mort.

Hereus dels qui vingueren del occident a rescatar aqueix sepulcre de lluny a visitar-te a respirar ton misteri de santedat i d'horror.

Oh, ciutat única!

El pelegrí que et contempla no frisa de tornar-se'n i diu: Venturos qui t'ha visitada, oh, trista Jerusalem!

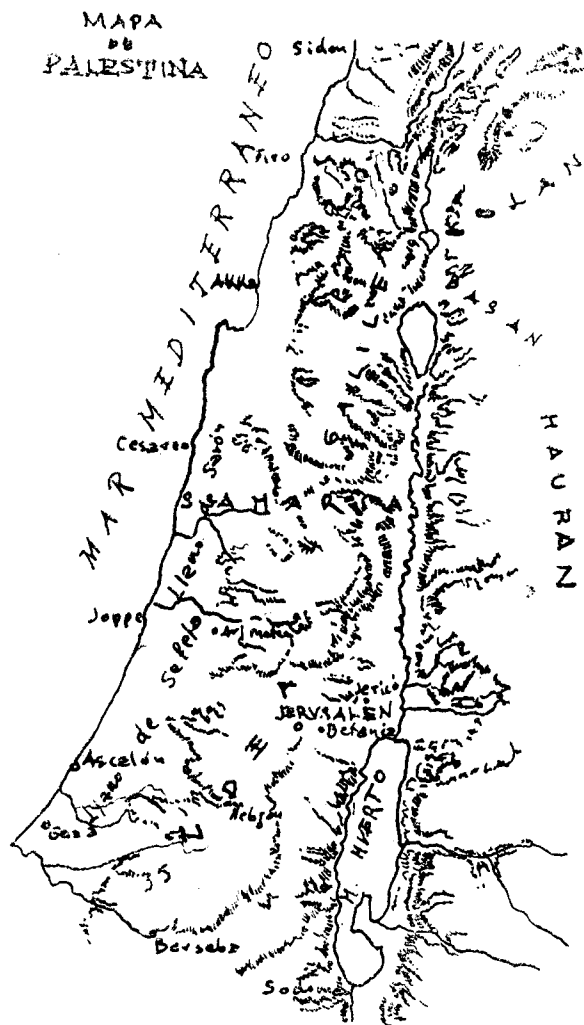
El qui se'n va et deixa amb recança i sent al cor l'expressió del Salmista: "Si de tu m'he d'oblidar, Jerusalem; sia dada a l'oblid la meua dreta".

EXTENSION TERRITORIAL DE PALESTINA

No se atrevía San Jerónimo a escribir las dimensiones de Palestina al amigo Dardano que se lo pedía. Temía que por sus reducidas dimensiones, sería ocasión de burla y menosprecio. Con todo, le manifiesta la verdad y le dice que Palestina, tiene de norte a sur unas 160 millas romanas, que son como 230 kms. y de este a oeste como 150 kms.

Limitada al sur por la Idumea y los desiertos que la separan de Egipto; al norte por la Siria y Fenicia y al oeste por el mar Mediterráneo; es como una faja de tierra que tiene una extensión total de 25.000 kilómetros cuadrados.

¿Qué significan estas dimensiones en el mapa del mundo? Basta recordar que Cataluña tiene 32.196 kiló-



metros cuadrados; que Portugal tiene 92.157, o sea más de tres veces la dimensión de Palestina.

Si la importancia de un país se midiera por su extensión territorial sería nula la importancia de Palestina; pero más pequeñas que Palestina fueron Tebas y Tiro y Sidón y dominaron el mundo.

Cuando en 1929 se firmó el pacto de Letrán y nació el Estado Vaticano, el Papa Pío XI salió al encuentro de una dificultad parecida y decía con mucha razón: "No se puede llamar pequeño un Estado que tiene la cúpula de San Pedro y posee la biblioteca y museos vaticanos".

¿Con qué criterio vamos a medir la importancia de una región que guarda la roca que sostenía el altar de los sacrificios de la antigua Ley bajo la maravillosa cúpula de la mezquita de Omar, que tiene en el recinto de su ciudad de Jerusalén el Santo Sepulcro y la roca del Calvario, que contempla el Huerto de Getsemaní desde la azotea de sus casas y está rodeada de Siloé y Belén y Nazaret y Tiberiades?

OROGRAFIA E HIDROGRAFIA DE PALESTINA

La configuración de Palestina, es muy regular, es como una isla separada del mundo por el Mediterráneo, el Jordán, las altas montañas del norte y el desierto al sur.

Para comprender de una manera gráfica todo el sistema de montes y ríos palestinos, imaginaos un arado gigantesco que se hunde en el suelo en las alturas del Hermón, es decir, a 2.759 metros sobre el nivel del Mediterráneo. Imaginad que este arado se hunde cada vez más en el suelo y forma un surco grandioso.

Imaginad más, que el arado siempre moviéndose de norte a sur, llega al lago Merón que coincide con el nivel del Mediterráneo y que al llegar a Tiberiades, se halla ya a 208 metros bajo el mar y continúa profundizando más y más arrojando a una y otra parte la tierra y las rocas que forman montañas y no se detiene hasta haber pro-

fundizado 792 metros bajo el nivel del Mediterráneo, pues tal es la profundidad del Mar Muerto en su suelo.

Ahora, ved cómo por este surco se precipitan todas las aguas. Las nieves del Líbano y del Hermón; las fuentes innumerables de sus orillas; los torrentes de los desiertos; las fuentes termales abundantísimas en un terreno removido por todos los cataclismos; y todas estas aguas juntas, forman un solo río que es el Jordán y todas se evaporan en el mar Muerto que si tiene el fondo a 792 metros bajo el nivel del Mediterráneo, la superficie está a 400 metros.

SIGUIENDO EL CURSO DEL JORDAN

En la región de Cesárea de Filipo, immortalizada por la confesión de San Pedro y la promesa del Primado hecha al Príncipe de los Apóstoles, el peregrino se detiene a la entrada de una cueva grandiosa que resuena con el ruido de muchas aguas que vienen de fuentes invisibles.

Delante de la cueva, restos de imponentes monumentos, nos hablan de su importancia histórica.

Es aquella una de las fuentes más caudalosas del Jordán al pie del Hermón. Se juntan las aguas de la cueva con las que descienden en forma de torrente impetuoso del monte y el Jordán de aguas purísimas en aquellas alturas desciende hasta el lago Merón y después de diez kilómetros, llega al lago de Tiberiades, que es decir, el marco principal de la vida pública de Jesucristo.

Los más grandes portentos, se reflejaron en sus aguas; las poblaciones de la parte occidental, entonces prósperas, vieron las grandes manifestaciones del poder y del amor del Salvador; sus colinas se estremecieron por la promulgación de las Bienaventuranzas y contemplaron la formación del Colegio Apostólico.

No hay rincón, ni piedra, ni fuente que no pueda decirnos algo del Maestro. De forma ovalada, tiene 21 kilómetros de norte a sur y 12 de este a oeste. La profundidad media, es de 50 metros y en algunos sitios llega a 250 metros.

Aquella hoya profunda, se calienta bajo el sol de Palestina y a veces, de repente, cae el aire frío del norte o del mediterráneo y se alborotan las aguas y las pequeñas embarcaciones peligran y aun a veces se hunden.

Era entonces, el lago de Tiberiades, el emporio de la riqueza, el centro de la actividad comercial. Hoy el peregrino sólo pisa polvo que cubre ciudades sepultadas en el olvido.

Como una serpiente tortuosa, sigue el Jordán su curso señalado por el verde oscuro de sus sauces.

Ofrece el Jordán un fenómeno quizá único. Vemos que los grandes ríos son los centros de atracción para la formación de las ciudades; del Jordán, en cambio, toda la población huye y se refugia en el monte seco.

Incluso la ciudad de Jericó, que defiende el paso del Jordán, busca la protección del monte a diez kilómetros de distancia del río.

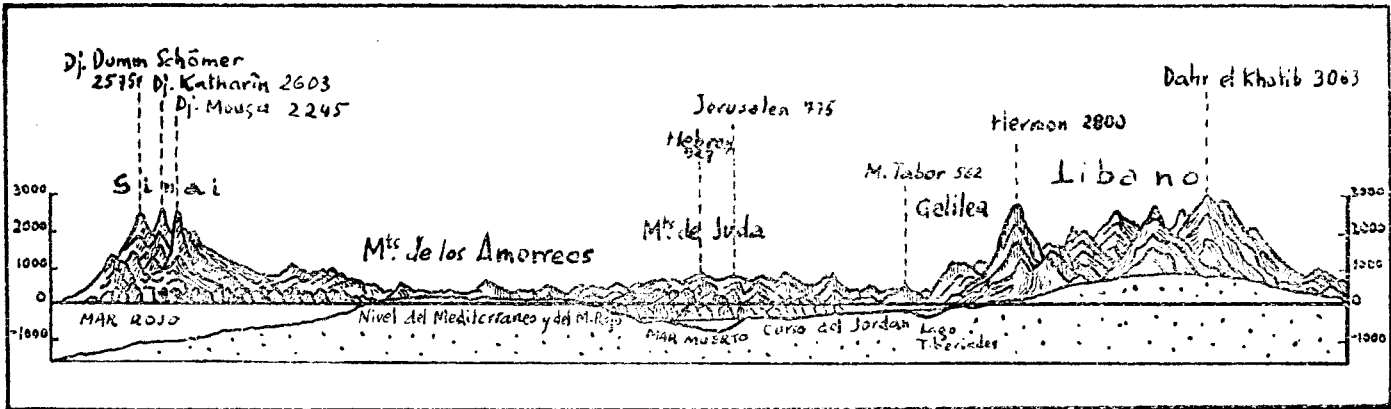
EL MAR MUERTO

Ofrece el Mar Muerto un fenómeno singular en el mundo; un lago a una profundidad grande bajo el nivel del Mediterráneo que no tiene para los caudales de sus ríos y sus fuentes abundantes más salidas que el cielo encendido del desierto.

El peregrino DESCENDE de Jerusalem a Jericó y sigue aquellas vertientes secas, admira aquellas grietas de la tierra roja y advierte que es sitio apto para toda sorpresa y emboscada.

Le acompaña el recuerdo del buen Samaritano y con estos pensamientos llega a un sitio señalado con una barra visible a mucha distancia. Es la señal del nivel del Mediterráneo. Y el camino se precipita sin parar y llega al valle de Jericó y no se detiene hasta la profundidad del Mar Muerto. Lo llama también la Sagrada Escritura Mar del Desierto, Mar de la Sal y los Mahometanos Mar de Lot.

Altísimos montes forman el marco de este lago siempre en calma, siempre transparente. De unos 80 kilómetros de norte a sur, tiene 16 de ancho y queda cercado por los



Perfil de Palestina

montes de Moab y los montes del Desierto de Judá. Es el Mar Muerto como un sepulcro en el cual mueren las aguas del Jordán, seis millones de toneladas cada día; más las aguas que le dan sus vertientes sin que se perciba aumento a no ser en los grandes deshielos y aun entonces muy poco sensible.

Una temperatura de 50 grados y el viento seco del desierto, evaporan cada día el agua del Jordán y queda en el fondo del mar una cantidad de sal que le da al Mar Muerto una densidad quizá única, un 25% de cloruro de calcio, de potasa, de sulfato de calcio.

Estas aguas densas, tienen todas las amarguras y toda la esterilidad. "Es el único sepulcro en el cual ni siquiera germina la vida que nace de la putrefacción es el dominio absoluto de la muerte, es el Mar Muerto".

(Costa y Llobera-Visiones de Palestina).

EL LITORAL MEDITERRANEO

El mar Mediterráneo, es el límite occidental de Palestina. Es un litoral sin grandeza, sin golfos, sin acantilados sin variedad alguna que permita la formación de puertos.

Quizá se deba a esta monotonía el que Palestina no haya sido nación marítima y aun en nuestros días, se hace difícil el acceso por mar a Tierra Santa. Si el mar está en calma, podréis desembarcar algo lejos del litoral de Jaffa y en barca llegar a la playa; si el mar está agitado, os será preciso ir a Beirut o al puerto moderno e industrial de Haifa.

Los antiguos lo calificaron de "littus importuosum" y los siglos no han modificado el juicio de los antiguos.

OROGRAFIA

Son los montes como el esqueleto de Palestina y contemplados desde el cielo por las fotografías que nos ofrecen los aviones, se parecen a un árbol gigantesco caído del Hermón y del Libano.

Sobre el tronco de este árbol y a unos mil metros sobre el nivel del mar, se levantan las ciudades históricas de

Jerusalén, Belén y el Hermón, todas cercanas y todas a una altura aproximada.

Las ramas que se desprenden de este tronco, forman los torrentes o barrancos que conducen al Mediterráneo, a la cuenca el Jordán o al Mar Muerto.

CONCLUSION

Describir las vicisitudes históricas, las luchas seculares, los peligros inminentes, las batallas diplomáticas, no es cosa de mi incumbencia.

Todos los caminos de Palestina han visto ejércitos cubiertos de hierro y legiones de santos con los ojos iluminados por la fe y el corazón palpitante por el deseo de seguir a Cristo.

¡Belén, Jordán, Genesaret, el Tabor, Samaria, el Carmelo, Jerusalén...! Lágrimas y sangre han ungido las piedras esparcidas por los caminos desolados; ¡invasión de la fuerza, invasión del espíritu!

Judíos, Mahometanos, Griegos Cismáticos, Coptos, Armenios, Rusos, Protestantes de última hora en competencia con los cristianos de todos los siglos; todos tratan de hundir sus raíces en las grietas de la roca del Calvario y del Santo Sepulcro en torno del cual y en algarabía única e indescriptible, se mezclan todos los ritos y todos a la vez y todos en su propia lengua.

Por un palmo de tierra, por una piedra, por el derecho de mantener encendida una lámpara, de asomarse a una tribuna, se ha luchado y se lucha a veces hasta la muerte. Las gradas que conducen a la Cueva del Nacimiento y las piedras del Santo Sepulcro han sido regadas con la sangre de los Franciscanos defensores de los derechos de la Iglesia Católica en los Santos Lugares.

Las naciones se disputan un árbol o un pozo o un campo miserable, como si se tratase de minas de oro o de brillantes.

Es que a pesar de todos los materialismos y todos los escepticismos, el espíritu vale más que la materia y el espíritu es inmortal.

Como en los días del Imperio Romano, como en los días de las Cruzadas, Palestina es hoy un campo de batalla, un problema vivo.

JUAN SERRAT, S. J.



Dominaciones extranjeras en Tierra Santa

Palestina es una pequeña región situada en una zona que es como el corazón del mundo: Asia Menor. El papel que ha jugado en la historia universal ese pedazo de tierra no mayor que Cataluña o el país de Gales es tan importante, que no podría aquella comprenderse sin antes haberse penetrado bien de la de Palestina.

Lo primero que debe decirse de la historia de Palestina es que se trata de una historia privilegiada; es decir, entran en su composición ingredientes únicos, no aplicables al resto del Planeta, al lado de los elementos comunes en la historia de los demás pueblos. En escala, por decirlo así, reducida, la historia de Palestina reproduce la historia del Mundo; comprende en síntesis la de todo el género humano. Para quien tenga una concepción providencialista de la historia, todos los acontecimientos humanos encierran algún designio sobrenatural; pero, ciertamente, en ningún otro lugar como en Palestina ese designio sobrenatural se halla tan presente y palpable. Lo sobrenatural es aquí inmediato, mientras en la historia de los demás pueblos sólo cabe advertirlo por deducción.

Escenario geográfico

Afecta Palestina la forma de una faja de terreno alargada y no muy ancha, la cual limita al norte con la Siria Damascena, al sur con Arabia, al oeste con el Mediterráneo y al Este con el Desierto. Sobre esta tierra se elevan diversos sistemas montañosos orientados, en líneas generales, paralelamente a la costa. En conjunto, la estructura de esa cordillera puede ser descrita así: en primer lugar, hay una cadena montañosa que corre inmediata a la costa, en una extensión de doscientas leguas, sólo en dos partes interrumpida: una, en su punto medio; y otra, en el norte. Al este de la cadena costera hay un profundo valle, tras el cual surge una nueva cadena montañosa que separa a Palestina del desierto. Las abundantes aguas que bajan de esas montañas y las que llevan sus tres ríos principales: el Orontes, el Lytani y el Jordán, convierten a Palestina en un fértil vergel, en una fuente de vida y de riqueza. Grandes masas de población pueden ser alimentadas en ese recinto floreciente que es como un oasis cerrado a derecha e izquierda por las salobres aguas del mar y las arenas no menos salobres del desierto.

Primeros tiempos

La primera época de la historia de Palestina puede comprenderse entre la vocación de Abrahán (hacia el 2.000 A. de C.) y el fin del cautiverio de Judá (537 A. de C.). Es la época, por decirlo así, idílica, cuyas vicisitudes nos han sido referidas por la Escritura.

La vida de Israel, durante ese tiempo, es una vida patriarcal, nimbada por ese halo de pureza que despierta en el nombre moderno el recuerdo y la nostalgia de la Edad de Oro. Tal como la cuenta la Escritura puede describirse así, a grandes rasgos:

Habiendo vuelto los hombres, después del Diluvio, a sumirse en degradantes vicios, quiso el Señor para conservar la Fe en un Dios único y la esperanza en un Redentor futuro, formar un pueblo escogido de las pocas familias que habían logrado preservarse de la corrupción. Por ello mandó a Abraham que saliera de Ur, en Caldea, y fuera a establecerse con sus familias en Canaán, cuyo dominio le prometió. Abrahán reinó patriarcalmente en su nueva patria y vió crecer su poder y sus riquezas. Tuvo el patriarca, de su mujer Sara, un hijo: Isaac; tuvo de Agar a Ismael, y de otras esclavas, muchos más. Isaac, tuvo de Rebeca a Jacob; quien tuvo a su vez doce hijos, fundadores de las doce tribus de Israel. De la estirpe de Ismael, hijo de Agar, y de los hijos de las otras esclavas de Abrahán, nacieron muchas tribus árabes.

Por este tiempo aparece la primera dominación extranjera en Palestina: la del Egipto faraónico. Paralela a ella corren las historias tan bellas de: José, que vendido

a unos mercaderes por sus propios hermanos, habrá de salvar más tarde a su pueblo; la de Moisés, salvado milagrosamente de las aguas, para salvar también a Israel; la de Josué, sucesor de Moisés, a quien Dios permitió llegar a la tierra prometida, la cual repartió, por orden del Señor, entre las doce tribus. Los prodigios que obró Dios en favor de su pueblo tienen el sello indistinto de lo sobrenatural, como en el paso del Mar Rojo, en la terrible soledad del desierto, alimentándolos con el "maná" y ahuyentando a sus enemigos; en la conquista de Jericó, donde mandó al Sol detenerse para acabar la operación victoriosa... Tiénelo, asimismo, la justicia Divina, cuando los castiga con plagas o los abandona al cautiverio porque pecaron.

La dominación egipcia no se ejerció, por lo general, de una manera directa. Israel era únicamente un reino tributario del Imperio faraónico, que estuvo alternativamente sumido en cautividad o gozando de una cierta independencia. Y aun en la misma cautividad Israel no perdió por entero esa independencia: conservó sus creencias, sus costumbres, sus leyes, si bien no siempre estuvo inmune de desviaciones idólatras. Todas las alternativas de la historia de Israel reflejan insuperablemente esa lucha titánica entre los dos poderes: la fuerza vivificadora de la Revelación y la Promesa Divina frente a la otra fuerza diabólica, enemiga y destructora de la idolatría. Un vaivén de caídas y recuperaciones: recuperaciones sólo posibles por el ímpetu eterno que brotaba de la Verdad que Dios había impreso en el corazón de su pueblo.

De afuera llegaban los ataques tenebrosos. Y no sólo de Egipto. Otros pueblos, como los madianitas, los filisteos; más tarde los babilonios y los fenicios, mantuvieron en continuo desasosiego, en guerra permanente al pueblo de Dios. Y esta guerra no era únicamente guerra de armas. Había también otra forma de asalto: la idolatría. A Israel llegaban los ecos de la pompa y el fausto de las cortes extranjeras, el rumor del oro, los cantos de sirena de la sensualidad, de la ambición de poderío; y el brillo de esos falsos dioses turbaba con frecuencia la pureza de la vida patriarcal e, infiltrándose en los corazones, precipitaba al pueblo en el abismo del pecado. Por sus pecados permitió Dios que Israel fuese dividido, aunque conservó intacta su promesa de Redención, según había sido anunciada a Abrahán y repetida a David.

La rebelión de Jeroboán contra Roboán determinó el Cisma de Israel. Diez tribus siguieron a aquel caudillo y formaron el reino de Israel con capital en Samaria. Sólo las tribus de Judá y Benjamín con alguna parte de la de Leví permanecieron fieles a Roboán. El reino de Israel, cuyos reyes fueron en su mayor parte impíos, fué vencido por los Reyes Asirios, que se lo llevaron cautivo a Nínive. Nabucodonosor, Rey de Babilonia, venció y cautivó al Reino de Judá. Y con la cautividad en Babilonia termina la primera época de la historia antigua de Palestina.

Dominaciones persa, helénica y romana

Después de la cautividad de Babilonia viene la dominación persa en Palestina. El Imperio Persa representa la amenaza de Oriente contra Occidente. Esa amenaza se ha manifestado a través del tiempo de diversas formas, pero siempre, más o menos, con un sentido de agresión a la civilización. Persia, ansiosa de dominio, sostenía luchas con todos los pueblos circundantes, con todos cuantos se oponían a su afán expansivo y dominador. Las sostuvo perpetuamente contra Grecia; y ya Salamina, como después Lepanto, significan dos victorias de la Cultura contra la barbarie, aunque esta barbarie ofrezca un aspecto pomposo y magnífico. Pero la posesión de Palestina, aunque sólo sea un episodio, es, sin duda, un episodio capital. Dominar esa región significaba tener en la mano el camino de expansión hacia el sur,

pues por la estructura geográfica de la gran península Arábiga, en su mayor parte cubierta por el intransitable desierto, únicamente por ese camino podían pasar las legiones. De hecho Persia no llegó a cristalizar su expansión hacia el sur. La presencia de Grecia mantuvo en jaque su poderío e impidió que pudiera dar libre curso a su fuerza centrífuga. Pero, ya que no como camino, sí como emporio de riqueza, Palestina constituía un bocado muy apetecible. Sembrada de ricas ciudades y buenos puertos, fértil y bien poblada, Palestina era para cualquiera que la dominase una fuente indirecta de poderío. De ella podían obtenerse fuertes tributos, así como los frutos de la agricultura y otras materias; de ello podían extraerse levas para nutrir los ejércitos y siervos para los oficios. Vistas así las cosas, se ve que la presencia de los persas en Palestina no significa mucho más que lo que significó Egipto: en ambos casos un campo a esquilmar, mucho más que un campo a cultivar. Para cultivarlo le faltaba a Persia una cultura, en el sentido profundo que debe darse a esta palabra.

Los judíos, merced al edicto de Ciro, pudieron volver a su patria. El templo comenzó a reedificarse. Durante este tiempo estuvieron gobernados, conforme a sus costumbres propias, primero por los Reyes Sesabasar y Zorobabel, a quienes sucedieron en el Gobierno los Pontífices. En tiempos de Asuero, la reina Ester, de origen judío, había salvado las reliquias de su pueblo. Pero, más tarde, Jerjes, Nehemías y Esdras, que penetraron en Jerusalén, transformaron el culto y las costumbres.

El espíritu revoltoso del pueblo judío volvió a manifestarse de nuevo en esta coyuntura y, con ocasión de la rebelión de Manasés contra el Pontífice gobernante, se produjo la secesión del reino, quedando dividida Palestina en tres partes: Judea, al sur y Galilea, al norte, que profesaban la Ley verdadera; y Samaria, cismática en el centro.

A la dominación persa sucede la helénica. Esta denominación no se refiere para nada a la Grecia Clásica, cuyo espíritu sólo en parte quedaba vivo. La dominación helénica es la de Alejandro Macedonio y, sobre todo, la de sus sucesores: los generales que se repartieron su Imperio y que en Egipto reinaron con el nombre de Ptolomeos.

Alejandro pasó como un alud sobre Palestina. La cultura que portaban sus ejércitos no era ya la cultura clásica de equilibrio y ponderación. Era más bien una Grecia nueva, con un espíritu mixto de empuje elemental y prodigiosa adivinación. El pueblo macedónico era, comparado con los griegos puros, un tanto bárbaro y rudimentario; pero en cambio había descubierto, o más bien adivinado, una idea desconocida hasta entonces: esa idea era la del Imperio Universal. Imperios, habían existido ya en la historia; pero ninguno hasta Alejandro Magno envuelve esa idea de universalidad, que si no llegó a madurar por completo entonces, fué el germen de lo que más tarde había de plasmar en el Imperio Romano.

Para Alejandro, si que Palestina era verdaderamente un camino. Pasa por ella sin detenerse, a la búsqueda de lo desconocido. Es realmente maravillosa esta gran aventura del Aquiles Macedonio, tal como nos la describe Plutarco, con aquella ingenuidad antigua donde se confunden el afán de veracidad y la más grosera superstición. Nadie puede olvidar, una vez leída, la fantástica marcha de las legiones macedonias a través de las arenas ardientes del desierto temeroso de Egipto, marcha nocturna, por causa de los terribles calores del sol diurno, en la que unos cuervos prodigiosos impiden con sus graznidos que el ejército se extravíe. Alejandro, pasando por Palestina, dió entonces la vuelta al mundo conocido y a gran parte del desconocido. Fundó ciudades, y su acierto en la elección, como en el ejemplo de Alejandría, nos prueban hoy todavía su pericia y su alta estrategia. Pero su Imperio, creado rápidamente al filo de la espada por su exclusivo genio personal de gran soldado, no era lo bastante sólido para sostenerse por mucho tiempo. Con la misma rapidez con que fué creado, se disipó.

Muerto Alejandro, el Imperio se dividió. A Palestina le tocó en suerte ser dominada por los Ptolomeos de Egipto. Lo mejor que nos queda de esa dominación es, acaso, la traducción al griego de la Biblia, que mandó

hacer Ptolomeo II y que se conoce con el nombre de "Versión de los Setenta"; y lo peor, las gravísimas consecuencias que se derivaron de la conquista de Jerusalén por Antíoco el Grande, que dió paso al poder de los Seléucidas, los más feroces perseguidores de los judíos y del culto del verdadero Dios. Queda de ese tiempo infamante otro algo bueno: el recuerdo de la gesta inolvidable de los Macabeos, tan significativa y hermosa.

Viene ahora la dominación romana. Roma es, ciertamente muy grande; pero no era todavía lo bastante grande para comprender el profundo sentido del Cristianismo. Había de transcurrir algún tiempo antes de que el espíritu nuevo, el único que porta la vida, pasase a informar la médula del Imperio. Y es la Roma cristianizada la que volverá, pasados muchos siglos, a reparar el tremendo crimen que consintió la ceguera de la Roma pagana. Porque cuando Europa se vuelca en la gran aventura de las Cruzadas, es Roma cristianizada la que se vuelca. Porque Roma ya no era únicamente el Imperio Bizantino, aunque este imperio representase la Monarquía visible y aparente; no, Europa entera, la Cristiandad, hija al fin y al cabo de Roma, era en su totalidad heredera legítima de su espíritu civilizador.

Roma nos interesa, pues, en tanto en cuanto domina Palestina, por dos cosas: porque durante esa dominación nació el Redentor y porque la universalidad de su Imperio había de permitir la rápida propagación de la nueva Doctrina de la Salvación.

No ha lugar a detenerse para no prolongar innecesariamente este artículo en los pormenores de la dominación romana en Palestina. Todo el mundo conoce los detalles principales de la misma; todo el mundo ha oído hablar un sin fin de veces del poder ordenador de Roma, de lo que eran las provincias, etc., etc. Este criterio ordenador de ciudades y provincias puede aplicarse a Palestina lo mismo que a cualquier otro lugar a donde Roma llevó su dominio, y con él su cultura. Importa si acaso destacar que la huella de Roma no ahondó en Palestina de igual modo que otros lugares; y que, por unas u otras circunstancias, Palestina permaneció oriental más que romana. La misma Palestina —me refiero a la empapada del espíritu de raza, a la que aman hoy todavía muchos judíos empedernidos en el error—, no supo comprender lo que significaba la venida del Mesías; no quiso creer en el Mesías y a la postre lo crucificó, sencillamente porque no le había comprendido. Roma fué testigo, y a su manera cómplice, de este magno crimen. Pero Roma era pagana, y nada le había sido enseñado ni prometido; mientras que el pueblo judío sabía o debería saber a qué atenerse. Por eso el crimen de los judíos es infinitamente más perverso.

En los últimos tiempos de esta dominación, desde la muerte de Herodes Agripa el Mayor, Palestina estuvo gobernada directamente por los romanos; hasta que Herodes Agripa el Menor fué reconocido como Rey por Nerón. Reinando este emperador una sublevación de los judíos fué causa de la ruina de este pueblo. Los judíos habían pedido que la sangre de Jesucristo cayera sobre ellos. Muy pronto esto iba a ocurrir. En tiempos de Calígula hay una matanza de más de 10.000 por negarse a adorar la estatua del Emperador; poco después son muertos otros 20.000 en un motín. Finalmente, exasperados los judíos por el castigo, emprenden una guerra de rebelión que había de ser la última. Contra ellos marchó Vespasiano. Los judíos juraron morir antes que rendirse. Vespasiano conquistó entre horribles matanzas Galilea y Samaria hasta acercarse a Jerusalén. Los judíos, fortificados en el templo para resistirle, se dividieron en dos bandos; y antes de que Vespasiano los destruyese, se destruyeron ellos mutuamente. Con esto termina la historia antigua de Palestina. Aunque, en rigor, había terminado antes, con el Nacimiento, Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Los árabes

Pronto haría su aparición en el mundo un pueblo nuevo. Las consecuencias de este hecho iban a ser incalculables. Este pueblo eran los árabes. Descendían de Cam, pero se mezclaron con la tribu de los Yectánidas que eran des-

cendientes de Sem y los sojuzgaron. Penetra este pueblo en Arabia por el sur; más tarde invade la cuenca de Tigris y del Eufrates, para pasar después a dominar Canaán. Una nueva inyección de fuerza para este pueblo aparece con la presencia de una tercera tribu: los Ismaelitas. Los árabes primitivos no llevaban ninguna cultura. Eran "beduinos", nómadas del desierto. Fetichistas, adoraban al fuego y a los astros. Andando el tiempo algunos se convirtieron al judaísmo.

Fué Mahoma quien acabó entre los árabes con el culto idolátrico. Mahoma traía una nueva religión. Esta religión era un conglomerado de ideas procedentes de diversas religiones y filosofías. Tenía algo de judaísmo, algo de Cristianismo, algo de las supersticiones orientales, todo mezclado confusamente. Pero esta religión iba a dar al pueblo árabe un ímpetu irresistible. Chesterton, que ha analizado maravillosamente el espíritu del Islamismo, señala que la razón de que la nueva religión se propagase tan rápidamente radicaba en su simplicidad. El mahometismo ofrecía a los hombres una fe y una moral sencillas y fáciles; suprimía las sutilezas y las argüencias del judaísmo; acababa con la complejidad enrevesada de la vida jurídica; proponiendo, en lugar de todo ello, un código religioso-práctico-moral que por fuerza había de encajar fácilmente en hombres de cultura ruda. En el Corán se dice al hombre cómo ha de rezar, los tributos que ha de pagar al Fisco; se dan normas para los jueces... etc. Hay en el Corán: religión, moral, higiene, derecho... todo en una pieza. Lo cierto fué que Mahoma levantó con tan rudimentario instrumento una verdadera tempestad.

El primer empujón de los árabes fué terrible. En poco más de cincuenta años se habían extendido por toda la Arabia, por Asia y por Africa; en ciento cincuenta consolidaron un Imperio inmenso que abarcaba desde las costas del Atlántico hasta los límites de Siberia. Pero, poco a poco, la fuerza de este pueblo se fué debilitando. Entonces fué cuando el Islamismo cometió un acto fatal: introdujo a los Mongoles.

La forma en que esto ocurrió la relata admirablemente Hilaire Belloc. De su hermoso libro "Las Cruzadas" extractamos estos párrafos:

El turco

"Quedó con ello abierta la puerta a una raza fatal de destrucción y muerte. Los mongoles procedían de las estepas asiáticas; eran hordas nómadas de jinetes, horribles a los ojos de todos los occidentales. El islamismo los favoreció del modo siguiente: la primitiva conquista árabe parecía ser efímera. Como poder político no tenía sentido de unidad alguno, excepto el que le daba una religión sencilla y muy difundida, los jefes de cada región se apoderaban del gobierno de ciudades y distritos, luchaban entre sí y celebraban alianzas que se disolvían casi al ser celebradas. Hubo un momento en que pareció que el poderío de islamismo iba a caer en la anarquía, lo cual hubiera hecho posible la recuperación de Africa y del cercano Oriente por el poder cristiano con sede en el Bósforo. Repentinamente de las estepas de Asia surgió una banda, luego otra, de esas hordas mongoles, espantosas, rápidas, combatientes y montadas, nacidas exclusivamente para el combate, verdaderas nubes de jinetes armadas de arco y sable. Unos siglos antes, estos mismos asiáticos se habían abierto paso hasta el corazón de Europa. Repelidos, habían vuelto una y otra vez para ser siempre rechazados. Algunos quedaron en las cercanías del Mar Negro y del Danubio, aunque nunca gobernaron allí. Pero en el Este, sí. Se convirtieron en la guardia permanente de los Califas de Bagdad, a los cuales sustituyeron luego. Ellos eran el poder real que actuaba en nombre del "Comendador de los Creyentes". Este fué el motivo principal que determinó por último a las Cruzadas: el mongol, el turco.

Las hordas mongólicas se habían adaptado desde el primer momento a la estructura social y al credo del Islamismo. Y estos hombres supersticiosos y bárbaros se hicieron no sólo mahometanos, sino mahometanos fanáticos. Nadie se ha explicado nunca este fenómeno. Los mongoles sustituyen a los árabes en el poderío militar y desde entonces comienza la dominación turca.

De las sucesivas oleadas mongólicas, el plan de Seljuk es la que más nos importa, pues casi derribó lo poco que quedaba del Oriente cristiano y provocó la Cruzada".

Las Cruzadas

La Cruzada fué obra de un solo hombre: del Papa Gregorio VII, uno de los más grandes que haya tenido la Cristiandad. El levantó con su presencia el espíritu de los pueblos de Europa. Conocido es, cómo ello ocurrió: habiéndose convocado un concilio en Clermont para tratar asuntos muy diversos, el Papa, terminadas las sesiones que constaban en el orden, se levantó a hablar: predicó con tal fuego, con tal ardiente ansia, que todos cuantos le escucharon se encendieron en él. Poco después Europa entera vibraba de entusiasmo.

Godofredo de Bouillón emprende, al frente de sus Cruzadas, una campaña magistral. Después de una serie de victorias, conquista Jerusalén. Pero esta conquista no pudo dar sus frutos decisivos, precisamente a causa de no haber sabido juzgar bien el terreno. Dijimos al principio que la estructura geográfica de Palestina era importantísima para comprender los acontecimientos de su historia. En efecto: si a los turcos se les hubiera expulsado por completo de la tierra habitable, su amenaza se habría desvanecido. Pero no fueron totalmente expulsados. Arrojadados de muchas ciudades, sostuvieron Damasco. Damasco, linda con el desierto, pero es lo suficientemente rico para mantener un gran ejército y servir de base de partida para una acción de guerra. La posesión de Damasco sirvió a los turcos más tarde para recuperar Edessa. Y de ahí para saltar a Jerusalén.

Realmente la única acción victoriosa de las sucesivas empresas que se llevaron a cabo para conquistar Tierra Santa, fué la primera Cruzada. Las otras, desde el principio estuvieron condenadas al fracaso. La segunda Cruzada no fué sino una acción espasmódica para reconquistar Edessa. Después de esto la empresa de conservar lo conquistado fué más y más difícil. Y tras la batalla de Hattin sobreviene la catástrofe definitiva. Jerusalén es conquistada por los turcos. Todavía se llevaron a cabo muchas acciones para desalojarlos de esa ciudad, tan cara a los cristianos hasta nueve Cruzadas. Pero, en rigor, desde Hattin estaba todo perdido de antemano. La misma Tercera Cruzada, fué más un hecho brillante que fructífero. Era un afán tardío para recobrar una causa perdida.

La razón de este fracaso fué puramente militar; y residió, según se ha dicho, en no haber expulsado a los turcos del Pasillo de Palestina; en no haber dominado por entero ese camino, cordón umbilical del Imperio Turco. Si esto hubiera sucedido, el Imperio Turco hubiera quedado partido en dos y se habría desangrado a la larga por esa herida. La historia habría sido distinta de lo que fué. Pero, sin duda, por razones que no están al alcance del hombre, no quiso Dios que tal sucediese.

De las Cruzadas nos queda la inolvidable lección de una Europa unida, cristiana y caballeresca. Hoy, todo esto parece un borroso sueño. Pero tiene, sin embargo, un valor incalculable. La caballeresca representaba un ideal de vida: de vida noble. Era, por lo mismo, un admirable equilibrio de belleza, fuerza e ilusión.

Hoy Europa, corrompida por un frío y seco racionalismo o por un materialismo brutal, no goza de aquel equilibrio ni de aquella unidad, porque tampoco tiene una ilusión. No hay un ideal noble en el hombre moderno; y un ideal es lo único que da sentido a la existencia.

Si alguien gritara hoy aquel grito de ¡Dios lo quiere!, excitando a los hombres a la reconquista de los Santos Lugares, seguramente sería tomado por loco. Nadie comprendería ese grito. Sin embargo, hubo un tiempo en que a ese mismo grito toda Europa se conmovió y se lanzó a la generosa empresa.

¿Eran que aquellos hombres eran locos? Sabemos que no. Eran simplemente cristianos convencidos.

El ¡Dios lo quiere! es un grito que debe volver a resonar. Hay que redimir el Santo Sepulcro. Pero antes tenemos que redimirnos nosotros, los europeos, esto es: los cristianos. Y esta redención sólo puede hacerse de un modo: cristianizando, recristianizando a Europa y al mundo. He aquí la última, la más nueva e inextinguible Cruzada.

LUIS TRABAZO

TEL-AVIV, FLOR DE PRIMAVERA...

DESDE LOS DIAS DE SABBATAI ZEVI...

Desde los días de Sabbatai Zevi, ningún ídolo había conmovido tanto las masas judías esparcidas por el mundo, como logró hacerlo Teodoro Herzl, hacia 1900.

Hacia tres siglos, en efecto, que aquellas masas no habían vibrado tanto. Es cierto que, merced a la influencia, a los hilos subterráneos manejados por los astutos hijos de Israel, dueños del oro, de la finanza, destacados en las esferas de la ciencia y del arte, la situación del pueblo Errante había venido mejorando. Es más: autor auténtico, merced a la gran Conspiración que desde siglos venía dirigiendo, de la descristianización del Mundo y de la decadencia de Occidente, aquel pueblo podía, con triste orgullo, atribuirse un papel tan importante, como fatal, en los destinos de la Historia. Pero aun y consagradas al supremo designio de su venganza sobre cuanto llevaba el signo de cristiano, aquellas masas no habían vibrado, desde la época de Sabbatai Zevi, como cuando lo hicieron al conjuro de Teodoro Herzl, hace cincuenta años.

Y esta vez, ciertamente, con mayor fundamento.

¡Sabbatai Zevi! Corría el siglo XVII, cuando surgió este hombre extraño, en Esmirna. Llamábase, a sí mismo, el "Siervo de Dios", el esperado. Sus discípulos, en la Escuela Cabalística, veneraban su austeridad, sus mortificaciones. Un extraño poder de atracción irradiaba de su persona. En su eterna embriaguez, la generación sucesora de aquella, que ante el Pretorio reclamó sobre ella —como sobre todas las otras— la Sangre divina creyó llegada la plenitud de los tiempos... Y siguió a su mesías. Jerusalén pareció recibirle en apoteosis. Todas las sinagogas le proclamaban "Nuestro Señor, Rey, Maestro, el santo y justo Sabbatai Zevi, Siervo del Dios de Israel". Las madres le presentaban sus hijos, los enfermos se precipitaban a su paso... Y las comunidades de todo el mundo, a su conjuro, se preparaban para restaurar el Reino de Israel. Las potentadas sinagogas de Amsterdam y de Hamburgo, exultantes, le enviaron sus galerías llenas de riquezas. En Londres se esperaba verle pronto reconocido, por el propio Gran Señor, como Rey del Universo...

Mas el Gran Señor estaba un tanto lejos de esta disposición.

Su Gran Vizir, cansado ya de tolerar una agitación que mantenían todas las comunidades de Asia Menor, y de observar aquellos conatos de restauración del viejo Trono de David, lo arrestó un día en Andrinópolis, y lo condujo, nada menos, que a Constantinopla, ante la presencia de aquél, precisamente en el cénit de su poderío, cuando sus musulmicas huestes remontaban nuevamente los valles danubianos para asestar —así lo creían— el golpe definitivo a la Cristiandad amenazando Viena...

El Gran Turco se hallaba aquel día de extraño humor. ¿Se trataba, en efecto, de un nuevo mesías? ¿A qué seguir perplejos? La comprobación era, por lo demás, sencilla. Se probaría de ver si se dejaba crucificar. Y con lógica aplastante, y decisión bien cerrada, así lo expresó el de la Puerta Sublime a su prisionero.

Pronto Sabbatai se convenció de que no podía salir del dilema en que lo encerraba el Sultán. Caso bien típico, además, de la mentalidad turca. Y, como ya era de esperar, se refugió en la fácil solución que han hallado y hallarán siempre los falsos mesías, incluso los de mayor entidad: la apostasía. Y el abandono de los suyos.

Solamente ha habido un Mesías que, en la hora del peligro, haya sabido decir: "Ahora bien, si me buscáis a Mí, dejad ir a éstos." (Joh. XVIII-8.)

Israel no había hallado tampoco esta vez a su esperado. Los virreyes que generosamente había ya nombrado el falso restaurador del esplendor salomónico, hubieronse

de dar a la fuga, abandonando las nuevas provincias del solar judío a la reacción turca que no se hizo esperar, y que, holgado es decir, actuó también típicamente.

TEODORO HERZL

Mas he aquí que, tres siglos después, hacia 1896, aprovechando la posición conquistada, desde las sombras de la conjura hasta las de la finanza, por sus astutos hijos, uno de ellos venía a orientar y unificar todas estas influencias hacia el mismo ideal: el restablecimiento del Solar de Israel en la misma vieja Tierra Prometida. Se trataba de un escritor, vecindado en Viena, Teodoro Herzl de nombre. Corresponsal en París de la "Neue Freie Presse", asistió a todas las vicisitudes del Affaire Dreifus, tan trascendental, y se aprovechó de la sacudida que en el mundo judío promovió la condena de su compatriota. Y levantó la bandera de la restauración nacional. A tal fin, escribió y divulgó su famoso "Judenstaat", verdadero inicio del movimiento sionista, contemporáneo del primer conato material del mismo: el establecimiento, con carácter sistemático, y bajo los auspicios del poderoso Barón de Rothschild, de las primeras colonias en Jaffa.

Y así Herzl se constituyó en ídolo de las masas judías, nuevo Sabbatai Zevi. Ters siglos habían pasado desde el último intento, de éste, de constitución de un Hogar judío. El escritor de Viena había de encargarse, con más trascendencia y talento, de reemprenderlo de nuevo.

No halló, sin embargo, ni aún entre su propio pueblo, momentáneamente, todo el apoyo que era de esperar. Siempre los judíos de mayor posición e influencia han estado divididos profundamente en sectas: algunas de ellas, ultra-ortodoxas, temían que "la restauración del Trono de David pareciese querer forzar la mano del Todopoderoso antes de la llegada de los tiempos", mientras que otras, más burguesas y positivistas, recelaban que la creación de un Estado judío débil pudiese crear dificultades a la influencia judía mundial tan poderosa gracias a la enorme influencia de sus hijos destacados, distribuidos en los puntos y capitales más interesantes del Orbe. La adhesión, sin embargo, de Max Nordau, de Israel Zangwill y de otras figuras permitió a Herzl cobrar renovado empuje.

Y así consiguió, ya en 1897, organizar los Congresos Sionistas en Basilea. Y su voz llegó al Zar, al Sultán... bien que momentáneamente sin resultado. El Imperio británico llegó a ofrecer, a lo sumo, a los hijos de la Diáspora, un "sucedáneo" de patria en el Uganda. El caudillo judío lo rehusó, debiendo contentarse con dejar, a su muerte, dos entidades financieras (el Jewish National Fund y el Jewish Colonial Trust) encargadas de la penetración "pacífica" en Palestina, mediante la compra de tierras y fomento de colonizaciones. Pero la semilla estaba echada.

TEL-AVIV, FLOR DE PRIMAVERA

Data de entonces la creación, sobre las dunas que vecina Jaffa, de una nueva ciudad: Tel-Aviv, cuyo nombre entraña reminiscencias bíblicas. Un maestro, con extraña constancia, Eliezer ben Jehudah, había conseguido que sus colonos hablasen —algunos hubieron incluso de aprenderlo— aquella lengua hebrea ya olvidada, a la que algunos poetas procuraban en aquellos años dar actualidad renovada, sobre todo en Rusia. Con todo, la nueva ciudad languidecía. Aquella flor de primavera amanecía mustia. Profundo símbolo de su íntima realidad; amargo símbolo del esfuerzo estéril del que fué pueblo escogido cuando quiere reflorecer, otra vez, lejos de su Dios.

rechazando, impenitente, la Realeza de su Hijo, que es propiamente Rey de los Judíos.

1914-1918

La primera Gran Guerra halló divididos los componentes de la organización sionista en dos campos. Es sabido, sin embargo, que la evolución de la misma ofreció a las Sectas del mundo la oportunidad, única, de derribar el viejo Trono de los Zares, la potencia reaccionaria más considerable del Orbe. Y con ello Israel se agrupó a uno de los lados de la barricada.

Es entonces cuando aparece una figura que es hoy de la más alta actualidad: Chaim Weizmann.

Judío ruso, doctor de mérito, sus descubrimientos en química orgánica —renglón de la acetona— y, más probablemente, los extensos hilos subterráneos que manejaba cerca de las grandes empresas industriales, prestaron al campo aliado servicios inapreciables. En octubre de 1917 se derribaba, para siempre, el trono de Pedro el Grande, y el judío no debía temer, ya en lo sucesivo, como antaño, el látigo cosaco. En 2 de noviembre del mismo año —contados días más tarde— Arturo James Balfour, secretario británico del "Foreign" prometía a la raza proscrita el hogar nacional que conquistarán, hace milenios los guerreros de Josué y Gedeón.

Con rapidez eléctrica surgieron entonces legiones de voluntarios judíos. No era extraño: el momento era fácil. El colapso de los Centrales era ya visible, y para derrotar a los fugitivos turcos no hacía falta el heroísmo de las huestes de aquellos inclitos Jueces del Pueblo de Dios. Los británicos ocupaban ya Gaza, y solamente seis semanas fueron necesarias para que en Jerusalén la bandera de la Media Luna fuese arriada, por primera vez, desde los tiempos de las Cruzadas. Mas los nuevos Godofredos, esta vez no se preocuparon grandemente de usar corona de espinas, ni de subir de rodillas las calles que fueron escenario de la Redención. Centro eterno del Mundo, Palestina es centro donde convergen todos los grandes caminos, entre ellos el de la India, el mayor centro de almas espirituales, pero también de riquezas materiales del Universo, y, por tanto, tronco y corona del inmenso Imperio británico. Palestina es el control de Suez... y su resultado fué la declaración de "Mandato" dada en la conferencia de San Remo. En el reloj de la Historia sonaba para la vieja Tierra Prometida, una nueva situación política. Y esta vez extraordinariamente compleja.

EL MANDATO

Complaciendo un tanto las presiones judías, este Mandato establecido en la conferencia de abril de 1920, preveía una administración de acuerdo con los términos de la declaración de Balfour. Ello fué formalmente confirmado por la Sociedad de las Naciones tres años después, permitiéndose la organización de la "Agencia Judía" en 1929, verdadera expresión de autonomía de los judíos cerca del Gobierno del Mandato, germen, en definitiva, de un posible futuro Estado israelita. Chaim Weizmann, antes citado, fué el primer jefe de la "Agencia".

Así, pues, por primera vez desde el año 135, en que Julio Severo aplastó la última explosión de la nación judía en los días trágicos de Bar Kocheba, coronando definitivamente la destrucción anterior de Tito en el 70, quedaba reconocida alguna forma de conexión política entre el pueblo judío y la tierra de sus padres. El primer Comisario en Palestina lo fué, incluso, un judío, Herbert Samuel: un hijo de Israel se hallaba en el Pretorio, Cónsul de otro Imperio, si no tan universal en significado, más aun, por lo menos, en extensión. Y así, los quince millones de judíos de la Diáspora, creyeron, quizá, que una nueva aurora se levantaba para ellos.

Pero esta aurora era falsa, y ni siquiera preludio de aquella que señala el Profeta cuando prorrumpe: "Y a tu luz caminarán las gentes, y los reyes al resplandor de tu nacimiento!" (Is. LX, 3.) Aurora de blasfemia, no podía sino ser anuncio de tinieblas aun más cerradas y más oscuras.

Porque Israel iba a encontrar un obstáculo casi in-

esperado. Dueño, por su laboriosa astucia, de los resortes de un mundo que fué cristiano, iba a encontrar una barrera en los propios parientes de su raza, de la que nunca fué cristiana.

Ismael, el hijo de la esclava, iba a vengarse, milenios después, del hijo de la libre. Los hijos de la sirvienta, sirvientes de la más negra degeneración de la Historia —el Mahometismo— iban a cerrar el paso a los hijos auténticos del Patriarca, hijos auténticos, pero apóstatas de su vocación y de su Dios.

El mundo musulmán iba a oponer la inercia, el peso enorme de su masa, a las reivindicaciones israelitas.

LA REACCION DEL ISLAM

Y LA NUEVA GRAN GUERRA

Los "effendis" proclamaron la guerra santa, y el desierto entero, que ya había agitado Lawrence, se conmovió. Hubo ya de ponerse a contribución, desde el primer momento, toda la prudencia de los judíos y la de su comisario Herbert Samuel. Solamente así se logró mantener, bajo la égida del Imperio, una suerte de "statu quo" político hasta estallar la nueva gran conflagración de 1939, bien que a menudo turbado por toda clase de incidentes que perduran en la memoria de todos.

Porque el musulmán, y de un modo especial el árabe, considera a Jerusalén —El-Ouds-Esh-Sherif— la ciudad santa, polo también, a su manera, de su pueblo y de su fanatismo religioso. Por ello hemos dicho antes que la situación política en Palestina, convertida en un a modo de hogar judío, devenía una cuestión extraordinariamente compleja, sostenible solamente, bajo la autoridad superior del Mandato, única fuerza que puede imponer la coexistencia de los judíos y de sus nuevos hermanos inmigrantes con los árabes, harto más numerosos que aquéllos.

Y estalló la nueva y terrible Guerra Mundial segunda, que todos hemos vivido, desde 1939 a 1945, y, rica como ha sido en paradojas, lo ha sido en Palestina más que en ninguna parte.

De un lado, el mundo árabe ha demostrado, una vez más, su profundo abatimiento y degeneración espiritual. Sus príncipes, sus jefes, enfeudados al Imperio británico, no han sabido siquiera aprovechar una ocasión única para adquirir su independencia cuando el citado Imperio se hallaba en el supremo aprieto. El episodio del Irak, abandonado por sus hermanos de raza y de creencias, en 1942, es harto significativo. Tan sólo últimamente, el incidente del gran Muftí, refugiado en Egipto, ha mostrado rescoldo de gallardía.

De otro lado, Israel ha estado claramente, en esta segunda Guerra Mundial, también esta vez —y al revés de la anterior, desde el primer momento— a uno de los lados de la barricada. Todo su poderío financiero, todos sus resortes ocultos, han funcionado al servicio del Imperio británico.

Y éste se halla, finalizada la contienda, ante la presentación de lo que —perdónenos el lector— en términos vulgares llamamos "dos facturas". Tremendas ambas. Por lo incompatibles.

Israel e Ismael exigen el premio a sus servicios. Y lo trágico es que el premio de uno es castigo para el otro.

LA TRAGEDIA RENOVADA

Y otra vez, ante el Pretorio, ocupado esta vez por un cónsul rubio, igualmente desdeñoso —porque, hijo del Norte protestante, hace muchos siglos que sus Padres desconocieron la Verdad—, acude el pueblo de Jerusalén.

Viene desde Tel-Aviv, flor de Primavera, ciudad sita en el viejo territorio de la tribu de Dan, que ya acompañó, después de Salomón, a Efraim en su Cisma. Y que no se halla lejos de las colinas donde, "lugares altos", se irritaba al Señor, negándole la adoración en el legítimo Templo donde misericordiosa, descendía su Gloria.

Viene de Tel-Aviv. La nueva generación judía establecida en la Tierra de los padres, subleva al árabe, no sólo por cuestión de raza y de religión, más también por sus costumbres. Tel-Aviv, flor de Primavera, es archivo de

todo cuanto ha empleado el judío corruptor para corromper al mundo cristiano, y para corromperse a sí mismo. El genio israelita aprovecha los kilovatios del Jordán sagrado; ayuda a los técnicos británicos a establecer las "pipe lines" que, por notable permisión de la Providencia, vienen a complicar, con su codiciado líquido negro, la ya extraordinario complejidad del problema, atrayendo al puerto de Jaffa los grandes mastodontes del mar que se llaman "Vanguard", "Nelson" o "Queen Elizabeth". La cultura israelita ha creado universidades, artes, letras, un verdadero mundo intelectual. Mas al propio tiempo, ha exaltado, otra vez, en el viejo solar prometido, la perversión de las costumbres en que prevaricaron sus antepasados.

Todo esto lleva consigo el judío, cuando viene desde Tel-Aviv y se presenta ante el Pretorio. Y también trae bombas y terrorismo y medios de destrucción. Y —lo que más pesa— sabe bien que cerca de los Gobiernos más poderosos, grandes y universales del Globo, sus hermanos de raza presionan incansablemente, y usan la enorme influencia que les presta su innegable categoría para apoyarle. Todo esto sabe. Y no lo ignora el procónsul, rubio, desdeñoso en la apariencia, pero preocupado, que sabe bien lo que aquel pueblo pide, y que también sabe que no le es dado, así como así, echarle el azote de sus legiones motorizadas.

El procónsul moderno se asoma al Pretorio. Representa a un Imperio que, establecido en el lejano Támesis, es aun el más extenso del Mundo. Y, en alguna forma, representa también a otro, surgido de un Nuevo Mundo que el procónsul antiguo no podía siquiera sospechar, y que ha superado en poder a todo cuanto en la Historia, hasta la fecha, se había podido imaginar. Y en las mismas cabezas de ambos Imperios, judíos ilustres por su poder, influyen.

Pero este mismo procónsul representante de aquéllos, sabe bien lo que, aun hoy, es este triste mundo musulmán. Sabe bien que el árabe, que lo polariza, también acude ante su Tribunal, y que tiene a su disposición la enorme masa que, todavía, se extiende desde el Atlas hasta los confines de la Insulinidia. El mundo de Mahoma pesa. El pálido ginete que en el libro del Apocalipsis parece representar al triste falso Profeta, no en vano ha sido, entre todos, el que mayor poder de muerte ha esparcido. Porque éste ha hecho más que matar: ha creado el mundo y la civilización de la muerte, que per-

dura desde hace mil cuatrocientos años, ya que su misma condición de muerte le hace inmortal.

ISRAEL E ISMAEL

Estamos viviendo, por tanto, el momento álgido epistémico de la lucha del hijo de la esclava contra el del la libre. Los descendientes de Agar se vengán de los de Sara, a quienes justamente ha abandonado su Dios.

¡Espectáculo admirable! De una parte, Israel. Es el peso de estas cosas tan grandes, que hoy denominamos finanza, industria, banca... Los hijos de Israel, conspicuos, son los grandes ingenieros, los activos hombres de negocios. Se llaman, o se han llamado, los Rathenau, los Rotschild, los Rosenwald, los Wertheims, los Coen, tantos otros... Henri Ford, en su libro, los clasifica: son los mayores y más grandes nombres de América! Ellos controlan, con su inteligencia, el moderno mundo del automóvil, del petróleo, del acero, de la electricidad, de todo lo que es vida económica y producción. ¿Qué no han de poder estos hombres?

De otra parte, es el Islam. Es el viejo y caduco Islam. Son estos príncipes del Oriente Medio y del Africa, buenos para cuentos de las mil y una noches, absorbidos por los vicios y por la degeneración que aun les permite la esclavitud y abyección de millones de súbditos. Son estos príncipes de opereta. Pero de una opereta que cuenta con más de cien millones de infelices comparsas. Y en esto radica su fuerza bruta.

Israel e Ismael luchan. Desde su enorme factoría de automóviles, o de nitratos sintéticos, el judío, el gran industrial, pesa cerca de los Gobiernos de Washington o de Londres, influye incansablemente en pro de sus hermanos del lejano y aun pobre Tel-Aviv. Mas, de otro lado, los ginetes del desierto, nómadas fanáticos, montan la guardia, al conjuro de los príncipes y de los rajás, que no cuentan con la técnica ni con la economía, ni, en definitiva, con tanto oro, mas sí con más hombres.

* * *

Es una lucha extraña, paradójicamente, porque los campos son heterogéneos. Mas, sin duda ninguna, en ella se cifra uno de los mayores arcanos que, celosa, guarda la esfinge de la Historia.

LUIS CREUS VIDAL

ACTUALIDAD DE PALESTINA

Las reivindicaciones católicas de Tierra Santa

Graves, tremendamente graves, son los problemas del mundo en nuestros días. Un abismo se ha abierto en el corazón de nuestra dolorida Europa y parece como si cada día fuera un día más de excavación ahondando en sus males. Terminó la guerra, pero la paz no ha llegado. Y es una esperanza lejana, una ilusión, un sueño... Porque se olvidan conscientemente de la voz y las directrices del Padre común de todos los pueblos, de S. S. el Papa, y se olvidan, asimismo, de los dos pilares fundamentales de toda paz verdadera: la Justicia y la Caridad.

Y los problemas de Europa, graves, tremendamente graves, repercuten en todo el mundo.

Nuevamente, como en la primera Gran Guerra de 1914 a 1918, se coloca en uno de los primeros planos de la actualidad el porvenir de Palestina. Y el problema de la Tierra Santa, como todos los grandes problemas mundiales actuales, en lugar de caminar a una solución tiende a agravarse cada día más.

Dos grandes fuerzas luchan por la posesión de Palestina: los árabes, intransigentes en sus derechos, y los judíos, con un Ejército secreto organizado y continuas inmigraciones en masa hechas clandestinamente.

Conjuntamente con ellas operan sobre Palestina otros dos factores: el poderío inglés, celoso de sus prerrogativas y poco dispuesto a menoscabar su dominio, y la Iglesia Cismática Griega, reclamando la custodia de los Santos Lugares, encomendada desde el siglo XIII a los PP. Franciscanos, apoyada posiblemente por la U. R. S. S. en sus reivindicaciones, y deseosa ésta de emplear cuantos medios estén a su alcance para oponerse a la Autoridad del Sumo Pontífice, multiplicar el número de los apóstatas y aún el de los mártires, en un constante servicio a su ateísmo doctrinal y práctico, hoy disfrazado con la protección al Metropolitano Alesky y a sus disidentes, que se han prestado a ser instrumentos de sus turbias maniobras.

Palestina es un volcán ardiente. La lucha se recrudece constantemente. Judíos y árabes se han declarado una guerra sin cuartel. Y los cismáticos griegos, vienen a entenebrecer más el horizonte.

Tierra de promisión un día del pueblo escogido de Dios, tierra bendita que fuera cuna y calvario del mismo Dios hecho Hombre, tierra santa donde se clavó la Cruz en la que Jesucristo redimió a toda la humanidad y donde Él resucitó para alentar a los Apóstoles en su predicación e infundir a los fieles de todas las edades la esperanza de la vida eterna y de la resurrección final. Tierra de promisión y tierra santa donde el Verbo hecho carne, el Mesías, el Redentor, abrió a los hombres las puertas de la felicidad eterna y con su predicación evangélica trazó los surcos de la Religión verdadera y cimentó las inmovibles bases de su Iglesia. Tierra de Aquel que nos dejó su misma divinidad para alimento y fortaleza de nuestras almas, en el misterio perenne de la Eucaristía, al propio tiempo que en la Cena en que instituyó tan sublime Sacramento, nos dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí" (Ioh. 14, 6).

Palestina ¡tierra de Dios! Cuando los católicos contemplan el triste espectáculo de la Palestina de hoy, escenario de luchas, su corazón, agobiado por el peso de los acontecimientos, les hace exclamar: ¿Serán respetados los Santos Lugares? ¿Serán entregados a manos de infieles?

No hace muchos días, en este año de 1946, por Semana Santa, las calles de Jerusalén vieron reunirse en ellas unos treinta y cinco mil peregrinos, ansiosos de revivir la Pasión del Señor en los mismos lugares donde Él padeció y murió. Grande ha sido el número de los asistentes, pese a las circunstancias, pero ahora nuestra angustia por el porvenir de los Santos Lugares, nos hace decir: ¿Volverá el próximo año la Tierra Santa a permitir que los fieles seguidores de Cristo conmemoren libremente en ella su Pasión?

Si Palestina se entrega a los judíos... Si Palestina se entrega a los árabes... Si los Santos Lugares se conceden a los cismáticos... ¿Qué salvaguarda se da al catolicismo de que los Lugares Santos serán respetados y guardados como merecen?

Se intentará hallar una solución para Palestina. Como se intentó después de finalizada la contienda del 1914 al 1918. Y hoy, junto con el problema de Palestina, vuelven a colocarse también en un plano de primera actualidad las palabras que a la sazón pronunciara el entonces Sumo Pontífice Benedicto XV.

Ante el Consistorio reunido el 10 de marzo de 1919, el Papa, después de enumerar los desvelos de la Santa Sede por la Iglesia de Oriente y particularmente por los Santos Lugares, motivo constante de preocupación, reseñaba también hechos de la persecución que allí sufrían los cristianos, intentando apartarlos de la Religión verdadera, y decía, en una de sus últimas frases finales: "Pero lo que Nos preocupa en primer lugar son los Santos Lugares de Palestina por su dignidad especial, que les hace de gran veneración para los cristianos. En el transcurso de los siglos, Nuestros predecesores y los cristianos de Occidente han intentado liberar los Santos Lugares del dominio de los infieles, a costa de esfuerzos multiplicados y perseverantes, de rescates, de sufrimientos y de sangre. Hoy, que los aplausos entusiastas de todos los fieles saludan el retorno de esos santuarios a manos cristianas, Nos preguntamos con la más viva ansiedad qué decisión va a tomar a este respecto, dentro de breves días, la Conferencia de la Paz de París. Sería para Nos y para todos los fieles un golpe cruel, si se crease una situación de privilegio para los infieles en Palestina, pero Nuestro dolor sería más vivo aún si los augustos monumentos de la Religión cristiana fuesen entregados a los no cristianos".

¡Cuánto debe sufrir el corazón de nuestro Sumo Pontífice actual, Pío XII, a la vista de los nuevos acontecimientos que ensangrientan Palestina y ponen en peligro los Santos Lugares!

Pero no fué esa la única vez en que el Papa Benedicto

XV se refirió a la Tierra Santa. Posteriormente, en 13 de junio de 1921, otra vez ante el Consistorio, después de recordar su anterior alocución y las circunstancias difíciles por las que atravesaba Palestina, y de expresar su contento por que las tropas aliadas habían rescatado Tierra Santa de manos de los turcos, expresaba su temor de que este acontecimiento "viniese a significar la preponderancia de los israelitas en Palestina, con la concesión a su favor de un estatuto privilegiado. Este temor, los acontecimientos lo han demostrado, no era vano. La situación de los cristianos, lejos de mejorarse, ha venido a ser, y esto es manifiesto, más difícil que antes, a consecuencia de nuevas leyes e instituciones políticas que —no decimos por voluntad de sus autores, pero sí de hecho— tienden a quitar al cristianismo la posición que ha ocupado hasta el presente, en beneficio de los israelitas".

Y añadía: "La situación de Palestina no ha sido definitivamente establecida; Nos declaramos, para cuando llegue el momento de la decisión, que Nuestra voluntad es que sean salvaguardados en su integridad los derechos de la Iglesia católica y de todos los cristianos. Por lo que atañe a los derechos de los israelitas, Nos no pretendemos que sean mermados, pero Nos nos esforzamos para que no sean vejados los sacrosantos derechos de los cristianos. A este fin, Nos pedimos a todos los gobiernos de los pueblos cristianos, y aún de los acatólicos, intervengan enérgicamente cerca de la Sociedad de Naciones, encargada, al parecer, de examinar el mandato inglés sobre Palestina, a fin de que aquellos derechos no sean desconocidos".

Hoy, ¿a quién ha de dirigir el Papa, Pío XII, su voz angustiada? ¿Qué nación levantará bandera por la nueva Cruzada en defensa del respeto a los Santos Lugares?

Difícil es que lo haga nación europea alguna. Unas por encontrarse bajo el dominio bolchevique, otras por hallarse enteramente dedicadas a la resolución de sus graves problemas internos y de sus futuras constituciones políticas. Y otras por estar a la expectativa de los acontecimientos previsibles, consolidándose en su interior.

Sir Shane Leslie, dijo, en una conferencia radiada que fué publicada en "The Standard", de Dublín, el 8 de febrero de este mismo año: "A Irlanda compete como nación libre y católica el hacer sentir su voz avivando el interés de sus hijos americanos puesto que son estos los que parece que ejercerán la protección".

La voz reclamando el respeto y reconocimiento de los derechos de los cristianos en los Santos Lugares han de lanzarla todos los católicos del orbe, principalmente, por su especial situación actual, los americanos, que han estado alejados de los grandes escenarios de la reciente contienda y viven en las únicas naciones que hoy tienen una paz estable. Nuestra unión, la unión universal del catolicismo, ha de dejarse sentir, de manera decisiva, cuando se proponga la resolución última sobre el futuro de Palestina.

Los árabes hablan de colocar bajo el arbitrio del Romano Pontífice la solución del litigio planteado en la infortunada Palestina, en cuya tierra santa se desarrolla una de las más cruentas y sangrientas luchas de esta post-guerra sin paz. ¿Hay sinceridad en su proposición? ¿La aceptarán los judíos?

¿Qué dirán los cismáticos y las Naciones Unidas? ¿No será esta propuesta una turbia maniobra que pretende ligar al Papa a una solución que, lo más probable, a pesar de su justicia, soliviantase los ánimos de los seculares enemigos de nuestra Religión y del Papado, intentando desprestigiar a éste?

El porvenir es espantosamente tenebroso. Únicamente nuestra universal unidad católica y nuestra firmeza cristiana pueden alcanzar la seguridad anhelada para los Santos Lugares. ¡Y Dios no faltará en esta empresa!

Palestina. ¡Tierra Santa del cristianismo! ¡Que los Santos Lugares sean respetados, que su custodia continúe confiada a manos católicas y que los católicos tengan plena libertad para venerar en ellos a Dios! Más no pedimos. Haciéndonos eco de las palabras de Benedicto XV, no queremos que los derechos que otros tuvieron sobre Palestina sean mermados, pero tampoco consintamos que "sean vejados los sacrosantos derechos de los cristianos".

LUIS LUNA

Mensaje a los poetas del mundo

Nos complace en publicar el poema «Mensaje a los poetas del mundo» que el Sr. Leal Insúa nos envía desde Lugo, complaciéndonos igualmente en incluir la tarjeta que acompaña el autor y que dice: «*Le remito para su publicación en las páginas centrales de la revista el poema adjunto, que fué enviado por el Sr. Obispo de Lugo al Nuncio de S. S. para ser reexpedido a Roma. Tengo entendido que va a publicarse también en L'Osservatore Romano. Gracias.*»

A Su Santidad Pío XII, que en el mayor desastre sufrido por la humanidad no ha cesado de llamar a los hombres a la concordia universal para evitar y aliviar esta tremenda angustia de nuestro tiempo

¡Callaos ya, poetas! Son muchos los montones de versos para hablarnos sólo de vuestra pena. Han llegado los tiempos de dar los corazones a la enemiga lanza colgado en cruz ajena. Un libro y otro y otro para alabar sin tino la rosa, la alborada, la nube o el amor... Poetas, no: ¡ya basta! No es ese hoy el camino. Todo es distinto ahora. La visión es de horror. Veinticinco millones de esqueletos en tierra ha tirado el destino como paja sin miés. Sobre montes y pueblos ha pasado la guerra como un bíblico azote con alas en los pies. Y son cientos de miles los hogares deshechos. Y son cientos de miles los tristes de orfandad. Y son cientos y cientos de miles esos pechos que están tosiendo sangre sin aire de amistad. Por ignotos caminos vagan las multitudes de todos los vencidos que aún no saben de quien ha de ser su mañana, ni hacia qué latitudes los llevarán sus pasos: si para el mal o el bien. Porque no es sólo el daño que hicieron los cañones en cuerpos y ciudades lo que advierte la paz; ¡es el clamor inmenso de ochocientos millones de hambrientos que sollozan ante la humanidad! Guerra y hambre totales. La enfermedad ahora. La moral relajada. Triunfante la ambición. Este afán de riquezas aplastando al que llora... Lo hemos perdido todo: cabeza y corazón. No alcanzan ya las bombas a pacíficos seres; pero decid, poetas, si no fuera mejor que la muerte llegara para tantas mujeres que han de vender por trozos de pan su propio honor. La raza humana, triste, se dobla envejecida. Quiso apurarlo todo: progreso y juventud. Y el átomo, en defensa, venció la misma vida. ¡Nadie vendrá a alumbrarnos si apagamos la luz! ¿Quién puede imaginarse los nuevos cataclismos si la guerra llegara a encenderse otra vez? ¡Tormentas de locura sobre sangre de abismos si de nuevo se pudren las tablas de la ley! ¿Las fronteras? ¡Dejadlas, que después todo queda confuso para siempre más que lo estaba ayer! Nunca ha tocado Cristo a una sola moneda. Los Césares no bastan si en el pueblo no hay fe. Por eso, amigos míos, no perdáis un segundo. La espiga sólo espera la gracia de la hoz. Que los Jefes de Estado vibren en todo el mundo con el épico ¡alerta! de vuestra noble voz. Que detengan su brazo los que sufren agravio. Que reparen la ofensa los que lo han menester.

Si es para causar llanto, no se despegue el labio. Si se origina daño, no se ejerza el poder. Pues si ayer los poetas aclamaban al fuerte teniéndole por Grande, llamándole El Mejor, las armas de estos tiempos amenazan de muerte al mismo que las usa. ¿Quién será el vencedor? Hoy tan sólo el trabajo merece la alabanza para que todos puedan gozar de una ilusión. Trabajo redimido. Sin abuso ni holganza: crecimiento en el árbol, en el ave canción. Es al pueblo, poetas, a quien habéis de daros en alma, voz y vida. Y si es así, ¡cantad! Sean vuestras estrofas cual destellos de faros alumbrando a las naves hacia un alba de paz. Que el hermano al hermano le dé siempre la mano. Que no se tire nunca más que pueda el cordel. Que la puerta del templo no siga abierta en vano. Que nadie haga justicia si no es bajo dosel. Tenga el hombre el trabajo; la mujer, el cuidado. Que el rico ayude al pobre y el pobre a los demás. Que nadie paralice la vida que ha empezado, pues no hay camino andado si ha de volverse atrás. Que el muerto tenga tierra sagrada, y la mudanza de la vida no niegue al enfermo hospital. Que haya en todas las frentes una luz de esperanza. Que no haya un sólo pecho sin vibración cordial. ¡Callaos ya, poetas, si no es para hablar alto de todo cuanto el mundo necesita saber! Vuestras cosas, ¿qué importan? Hay que lograr el salto entre orillas distantes... y se puede caer. Veinticinco millones de esqueletos que aún hieden bajo la tierra os miran, en sombra su razón. Haced que se levanten, ¡vuestros poderes pueden!, y mostradlos a todos en macabra visión. Que vuestros hijos sepan que hay montañas de huesos que machacó la guerra sin saberse por qué. Y que cuando disputen no se nieguen los besos debidos entre hermanos como Cain a Abel. Aún sin guerras la vida tendrá siempre pesares. Dios nos prueba, es preciso, para lograr su amor... Pero entonad de nuevo por cumbres y por mares un canto de esperanza limpios ya de rencor. Enseñad a los hombres cuánto es grande y merece aceptarse y seguirse: el dolor de la cruz, el honor, la obediencia... Que nada que perece los deslumbré, y no sigan una engañosa luz. Con todo vendrán lluvias de abril retrasados y ahogarán los grillos que cantan sin cesar. Pero hay miés en los campos, hay flor en los tejados, hay anhelos de vida... Poetas: ¡a cantar!

FRANCISCO LEAL INSUA

Lugo, 1946.

PALESTINA Y LOS JUDIOS

LA CUESTION JUDIA

Que existe planteada en el mundo una "cuestión judía", derivada de la realidad histórica de un "hecho" —un "fenómeno" se ha llamado alguna vez— judío, es tan evidente para aquellos que se han adentrado algo en el estudio del desenvolvimiento de la sociedad, y aun para quienes siguen el desarrollo de los acontecimientos presentes, que no necesita ulteriores demostraciones.

La existencia de un pueblo diseminado por todas las latitudes, expulsado de la tierra de sus mayores, y dotado de unas cualidades y condiciones excepcionales, representaría ya de por sí un problema de importancia trascendental. Pero si, además, este pueblo ha logrado una notable influencia en casi todos los órdenes de la vida hasta llegar a constituir una formidable potencia financiera, mediante la cual ha conseguido un positivo control en la marcha política de algunos Estados, el problema adquiere perspectivas grandiosas que invitan al observador menos perspicaz a meditar seriamente sobre la verdadera naturaleza del mismo.

Y es que la cuestión judía está muy por encima de la fórmula simplista: semitismo o antisemitismo. Sus raíces son profundísimas, y es necesario desentrañar bien todos los aspectos que presenta para poder juzgar con cierta verosimilitud.

No es nuestra intención hablar ahora de la cuestión judía en su conjunto; vamos a tratar de un aspecto de la misma: del Sionismo. No olvidemos, empero, que la constitución en Palestina de un Estado judío no representa quizá la finalidad suprema del judaísmo. Pero tampoco puede decirse rotundamente que no sea, hoy por hoy, su objetivo inmediato.

Actualmente podría afirmarse que vivimos en pleno período de agitación en favor de los judíos. Y no es de extrañar. Porque la victoria del conglomerado antialemán en la última guerra, ¿no es, posiblemente, la victoria del judaísmo internacional contra la política antisemítica del III Reich?

Y si la victoria aliada puede considerarse en el fondo una victoria judía, ¿ha de maravillarnos que los judíos traten por todos los medios de explotarla hasta el fin, utilizando su acostumbrada habilidad, contra toda clase de oposiciones?

El judaísmo está jugando en estos momentos una de sus más formidables cartas: la formación de un "hogar nacional" en Palestina, "hogar" que no ha de acoger, ni mucho menos, a "todo" el pueblo israelita, y que por lo tanto no puede tener como fin específico poner término a la Diáspora.

¿Qué pretende, entonces, el Sionismo?

LOS JUDIOS Y EL SIONISMO

Hace ya algún tiempo, y desde estas mismas páginas (1), hablamos de la compleja situación de Palestina, nacida precisamente de las promesas hechas por la Gran Bretaña a los sionistas. Desde entonces han ocurrido nuevos e importantísimos acontecimientos que, sin apartarse de la línea señalada por la Declaración Balfour, significan un avance destacado en la marcha general del Sionismo, gracias sobre todo a las grandes presiones que las organizaciones mundiales judías ejercen en los diversos Estados vencedores, principalmente en los más influyentes.

Esta realidad no puede menospreciarse si verdaderamente se quiere comprender todo lo que viene ocurriendo alrededor del problema de Palestina.

El Sionismo en su fase inicial no consiguió la colaboración, ni siquiera las simpatías de la totalidad de los dirigentes hebreos. Puede afirmarse que las ansias judías de volver a la tierra de sus padres, nacieron principalmente en

los ghettos de la Europa oriental, donde los judíos llevaban en general una vida miserable. Palestina se presentaba de nuevo a sus ojos como la Tierra Prometida, en la cual soñaban con renovada ilusión en los sombríos atardeceres de los ghettos. Por el contrario, los judíos del occidente europeo y de América, en pleno auge económico y político, se mostraron desde un principio reacios a admitir al Sionismo como medio indispensable para solucionar definitivamente la cuestión judía. Su situación en la mayor parte de países; su influencia financiera que en muchas ocasiones les convertía en dueños de los destinos de una nación, y su decisiva intervención en los asuntos políticos, les impulsaba a apartarse de una doctrina que entrañaba un verdadero peligro, ya que la adquisición de la nacionalidad judía como súbditos del nuevo Estado de Israel, podría implicar la pérdida de sus prerrogativas como ciudadanos de los países en que residían, y de las ventajas de sus específicos derechos minoritarios.

El sucesivo desenvolvimiento del Sionismo, unido a un examen profundo del verdadero alcance del mismo, y de sus futuras posibilidades, hicieron comprender a los judíos del mundo entero las grandes ventajas que podrían derivarse de la formación del nuevo Estado.

La declaración Balfour al especificar —a instigación precisamente de los propios jefes sionistas— que el establecimiento de un hogar nacional en Palestina presuponia el que no se perjudicaran "los derechos o estatutos políticos disfrutados por los judíos en cualquier otra nación", daba la clave de la solución del problema.

A partir de entonces, los judíos de Europa y América colaboran estrechamente con la Agencia Judía. El acuerdo firmado el 17 de enero de 1927 entre el Presidente del American Jewish Committee, Luis Marshall, y el Presidente de la Organización Sionista, Weizmann, incrementó decisivamente el auge del Sionismo en sus aspectos político y financiero.

La unidad sustancial judía en torno al Sionismo, estaba prácticamente lograda. Los máximos personajes del mundo hebreo diéronse cuenta de la importancia que tendría la existencia de un Estado judío en Palestina, en cuyos confines residiría tan sólo una pequeña minoría del pueblo, continuando los restantes judíos en posesión de los mismos derechos que disfrutaban actualmente.

Palestina, conforme a las teorías de Ginsberg expuestas en su libro *Al parasciat Al bivt* (Berlín, 1921), se convertiría en el centro del hebraísmo, desde el cual los judíos del mundo entero recibirían luz, calor y vida.

EL MANDATO BRITANICO

La política británica en el Mediterráneo oriental logró ventajas incalculables con el mandato que se adjudicó sobre Palestina al amparo del artículo 22 del Tratado de Versalles.

Las seculares discrepancias anglo-francesas en los asuntos relativos al Oriente Medio, se resolvieron así favorablemente para la Gran Bretaña, que logró un punto importantísimo de apoyo para el efectivo control de las vías de comunicación interimperiales.

Con el mandato de Palestina adquiría también realidad el sueño dorado del anglicanismo, carente de toda tradición sobre los Santos Lugares, y que se había apoyado en el Luteranismo, y, posteriormente y con más eficacia, en los cismáticos ortodoxos para lograr una influencia, de la que siempre prácticamente careció.

El 1917, Lord Balfour firmaba la célebre Declaración cuyo texto reproducimos íntegramente en el número de esta Revista ya citado. Inglaterra —expresaba Lord Balfour— "ve con agrado el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y empleará sus mejores esfuerzos para el logro de este objeto". Era el precio que la Gran Bretaña satisfacía a los judíos para instalarse en una zona tan estratégica y vital. No en balde la Declaración Balfour fué, esencialmente, un simple extrac-

(1) Véase CRISTIANDAD, núms. 6 y 8. (Tomos 1)

to del proyecto redactado por Lord Rothschild, Weizmann y Sokolov.

Francia, que adivinaba las secretas intenciones de los ingleses, aceptó la propuesta de éstos, forzada por las especiales circunstancias que le impedían, y le impiden aún, mantener una política propia sobre aquella cuestión.

Publicada la Declaración Balfour, el ejército inglés pudo continuar sus operaciones de guerra contra los turcos, en Palestina.

Unas palabras de Lord Bertie, antiguo embajador de Inglaterra en París, nos dan a conocer la mentalidad de los gobernantes ingleses en los días del compromiso con los dirigentes sionistas: "Paul Cambon —escribió Lord Bertie en 1917— me ha visitado esta mañana. Me ha dicho refiriéndose a Palestina, que Balfour había justificado la ayuda al Sionismo por razones financieras, políticas y hasta sentimentales; en particular por la necesidad de conciliarse con los judíos americanos interesados en el asunto de Palestina y que pueden proporcionar el dinero de los empréstitos. Estaba convenido que sería una tentativa interesante la reconstitución de un reino judío. *Habiéndole hecho notar Cambon, que según una profecía, la venida de un rey de los judíos señalaría el fin del mundo, Balfour contestó que un tal desenlace sería aún más "interesante"*".

Las promesas británicas obtuvieron su confirmación en los Tratados de paz y en la reglamentación del Mandato aprobado por la Sociedad de Naciones en 1922.

LOS SANTOS LUGARES

La importancia de los derechos del Catolicismo sobre los Santos Lugares, muy superiores —decía Pío XI— a cualesquiera otros derechos, hacía indispensable la intervención de la Santa Sede en cualquier solución que de cerca o de lejos estuviera relacionada con aquéllos. Sin embargo, la Santa Sede fué apartada completamente de las negociaciones.

Los Papas no cesaron de poner de manifiesto en múltiples ocasiones los derechos de la Iglesia y de la Cristianidad; así en las alocuciones de Benedicto XV y de Pío XI, y en el Memorándum de 18 de agosto de 1922.

De S. S. Pío XI son de subrayar las siguientes frases pronunciadas en el Consistorio Secreto de 11 de diciembre de 1922: "Ahora que, según se ha dicho, la Sociedad de Naciones volverá a ocuparse próximamente de Palestina, hacemos Nuestra la súplica y voluntad de Nuestro Predecesor, de que, llegado el día de arreglar definitivamente el asunto de Palestina, se respeten y mantengan incólumes los derechos que tienen allí la Iglesia y el mundo cristiano; más aun, por conciencia del Oficio Apostólico, queremos que los derechos de la Iglesia católica —que son claramente superiores a otros derechos— queden firmes e inquebrantables no sólo con preferencia a los hebreos e infieles, sino a todas las sectas católicas de cualquier nación o pueblo".

Y en el Consistorio Secreto de 23 de mayo de 1923, recalcaba: "Es casi innecesario afirmar que Nos siempre hemos defendido y defenderemos los derechos del Catolicismo sobre los Santos Lugares; estos derechos, porque son sin objeción posible, manifiestos y superiores en mucho a otros, nunca estarán sujetos a prescripción contraria".

La Santa Sede, además, trató en 1922 y en 1923 con el Gobierno británico sobre la salvaguarda de los derechos de los católicos en aquella región, pero no se llegó a ningún acuerdo satisfactorio.

Palestina continuó, bajo el mandato británico, organizándose hostilmente a los derechos de los cristianos, tal como constataba S. S. Benedicto XV en la alocución de 13 de junio de 1921: "La situación de los cristianos, lejos de mejorarse, ha venido a ser, y esto es manifiesto, más difícil que antes, a consecuencia de nuevas leyes e instituciones políticas que —no decimos por voluntad de sus autores, pero sí de hecho— tienden a quitar al cristianismo la posición que ha ocupado hasta el presente, en beneficio de los israelitas. Este es el fin perseguido por aquéllos que con sus constantes esfuerzos quieren despojar a los Santos Lugares de su carácter sagrado, transformándolos en lugares de placer, importando a ellos las fiestas mundanas y todo atractivo sensual; frivolidades que, aunque deplora-

bles en todas partes, lo son más en una región donde existen los monumentos religiosos más venerables".

No es de extrañar que el Arzobispo de Jerusalén, Jorge Hakim haya podido precisar: "La creación de un Estado judío reduciría a la condición de esqueletos sin vida y sin significación, a los Santos Lugares de la Cristiandad."

La Potencia mandataria que, cuando menos, ha venido tolerando tales desafueros, paga hoy las consecuencias de una labor que no será ciertamente calificada de modélica.

OBJETIVOS DEL SIONISMO

¿Qué finalidades trata de alcanzar el Sionismo?

Las hemos apuntado claramente en el transcurso de este escrito, pero vamos a explicarlas algo más.

En el Sionismo han de verse dos fines específicos que mutuamente se complementan: el externo, al que se da categoría de principal en la propaganda sionista, y el interno, el específico, que resume, en cierto modo, las aspiraciones de los dirigentes del judaísmo mundial.

Según el primer aspecto el establecimiento de un hogar israelita no tendría ningún alcance de tipo internacional; así el doctor Weizmann, ha precisado que la finalidad del Sionismo consiste en que "Palestina sea tan judía como Inglaterra es inglesa".

El juez Rosenblatt, ha dicho, por su parte, que el Sionismo aspira a "hacer una Palestina firmemente judía".

El doctor Eder especifica que el fin supremo del Sionismo es "hacer un sólo hogar nacional en Palestina, pero un hogar judío, en el cual no se hable de igualdad entre judíos y árabes, sino del predominio judío cuando la raza será bastante numerosa".

Y así, otras muchas definiciones que concuerdan con el criterio que generalmente se tiene sobre la cuestión.

Pero pasemos más adelante, y veamos los objetivos trascendentales que han de lograrse por medio del Sionismo.

"El Sionismo —según la doctrina de sus principales inspiradores— es aquel movimiento concreto y actual por el cual los hebreos, después de la prolongada época de persecuciones, de inferioridad civil, de la clausura de los ghettos, de las expulsiones y de las carnicerías, y después del breve paréntesis de la emancipación que no fué nunca completa, han vuelto a la conciencia de pueblo, y han vuelto, en forma real, a su antiguo sueño, nunca abandonado del todo. *El Sionismo más que un movimiento nacional y político, en la acepción europea, es un movimiento de renacimiento espiritual y de redención social*" (2).

Y como afirma el P. Voltas es "la última manifestación vital del hebraísmo".

El Capitán del Intelligence Service, C. D. Brunton, refiriéndose a los objetivos del Sionismo, escribe: "El Sionismo tiende a la constitución en Palestina de un Estado que será un centro de inspiración y de dirección para el judaísmo mundial. Los ciudadanos judíos de todas las naciones caerán así bajo la influencia política y moral del Estado judío, y la concepción unitaria de la raza hace inevitable esta hipótesis. Para los judíos será una cuestión de tiempo el reclamar una doble nacionalidad. *Tendrán entonces el privilegio de ser al mismo tiempo ciudadanos del Estado judío y de su patria de adopción.* Por una paradoja muy judía, el Estado sionista nacional vendrá a ser la fuerza internacional más poderosa, ya que *inspirará, y aun dirigirá por todo el mundo, una política y un movimiento económico judíos para la realización de fines claramente determinados*".

¿De qué fines se trata? En uno de los últimos números recordábamos unas palabras de S. S. Benedicto XV, sobre los preparativos de los elementos revolucionarios para la instauración de una República Universal, marcadamente atea. No es nuestra intención ligar al Sionismo con aquellos propósitos, pero creemos dignas de ser meditadas las siguientes palabras del propio Brunton:

"La fundación del Estado judío en Palestina será un paso decisivo hacia el establecimiento de un reino universal de justicia en el cual Israel será el juez."

JOSE-ORIOLO CUFFI CANADELL

(2) De la obra *Il Sionismo nel pensiero dei suoi capi...*, Casa Editrice Israel. (Citado por el P. Voltas en su libro *El Sionismo*).

La situación en Palestina

«DIOS LO QUIERE»

Es lugar común, repetido en todos los libros elementales de Historia Universal, y aún en los que no son tan elementales, que la primera Cruzada se emprendió al grito de "Dios lo quiere". Es un lugar común de esos que es inevitable repetir, porque expresan una verdad, una verdad en este caso, material, y no tan sólo formal o simbólica. La Cristiandad era entonces capaz de sobreexcitarse como tal cristiandad, al escuchar a quien le hablase en nombre de Dios.

Dios lo quería, en efecto, en tiempo de Pedro el Ermitaño; pero, como Dios no varía, lo sigue queriendo. No se sabe que Dios haya derogado nunca sus leyes. Acaso los hombres las interpretan a veces de un modo, otras veces de otro; mas para Él tienen siempre el mismo sentido, aunque, claro, es un sentido que nosotros no podemos abarcar entero de una vez.

Sin embargo, la exigencia del rescate de los Santos Lugares del poder de los infieles —y a quien dice de los infieles, dice, con mayor razón, de los apóstatas y de los malos cristianos— es tan obvia y tan sencilla, que lo pasmoso es que pueda ser olvidada.

Y si lo es, todos sabemos muy bien por qué. Uno de los aspectos importantes de este "por qué" es que nuestra susceptibilidad de sobreexcitarnos, como tales cristianos, se ha apagado considerablemente. Aun aquellos que parecen conservarla se ocupan de otras cosas. En una época como la nuestra, en que se da mucha más importancia a los medios que a los fines, no es que los cristianos verdaderos esto es los católicos —no olvidemos que en realidad, no hay otros cristianos— nos hayamos apartado de lo sobrenatural, como hicieron y hacen los protestantes, es que no lo estimamos, de ordinario, en su verdadero valor "como medio"; nos fiamos más, "por si acaso", aún en lo que atañe a la religión, de los medios que nos proporciona el mundo sensible. No puede negarse que esta es una de las causas principales de que suframos con paciencia todo lo que ocurre en la Tierra santificada por los pisadas de Jesucristo y que fué, por algo, el escenario de la Redención.

Sabíamos que el haber perdido los turcos la posesión de la Tierra Santa no había remediado nada, en absoluto, la situación. Sabíamos que, con la inmigración judía, y con la lucha entre judíos y árabes, la situación había empeorado. Y sabemos de siempre que la verdadera Iglesia es la única que puede alegar derechos sobre los Santos Lugares; sabemos que eso es lo que Dios quiere.

Ahora el P. Legísima, en conferencias que debieran ser más divulgadas, nos transmite la llamada angustiosa del General de los Franciscanos, y nos damos cuenta de que jamás corrieron los Santos Lugares peligro semejante.

¿Podrá esto dejar indiferente a lo que queda de cristiandad? ¿Habremos perdido la capacidad de reacción hasta el punto de callar ante los hechos denunciados, y dejar que las cosas marchen como las conduzca el puro enlace material de los acontecimientos? ¿Es que creemos que Dios "ya no quiere" que sean rescatados los Santos Lugares? ¿O es que, acorchados para las emociones, el "Dios lo quiere", no puede ya movernos a nada?

De la contestación a estas preguntas, si somos capaces de penetrar en la significación última que implican, depende todo, y no tan sólo la cuestión escueta de los Santos Lugares. Depende de ello el modo de ser de nuestro cristianismo, y, por lo tanto, el futuro de la cristiandad. Que si la Iglesia es indefectible, la cristiandad está sujeta a la Historia. En cuanto al "modo" de cristianismo —en su más alto sentido— es decir, lo que hay de temperamental y de época en la manifestación del sentimiento, recordemos, ante todo, que se reconoce a España un estilo propio —que, según creemos, es el genuino de la cristiandad de la gran época— en el cual insistía hace poco, en una conferencia de público limitado el Presidente de "Pax Romana", con la autoridad que, por tales conceptos, hay que reconocerle. Y en cuanto a la cuestión de los Santos Lugares, es preciso insistir también en que España tiene derechos que significan deberes, porque derivan de una misión bien ganada.

La indiferencia ante el peligro de los Santos Lugares sería, aún en el orden temporal, un síntoma tremendo de resignación culpable ante el hado fatídico que semeja vemos querer cumplirse en el mundo. En el orden religioso, lo sería de mortal tibieza, de flojedad en la fe. Demostraría que no sólo no nos fiamos más que de los medios que nos ofrece el mundo sensible, sino que todavía queremos economizar estos medios cuando se trata de servir los intereses del espíritu. Sin duda, los necesitamos para otras cosas, que será necesario concluir, nos interesan más.

Es evidente que una acción que se proponga, no ya, desde luego, el rescate de los Santos Lugares sino tan sólo defenderlos de los peligros que los amenazan y salvaguardar allí los intereses católicos, es inmensamente difícil. Salvo España, casi no sabríamos decir qué naciones oficialmente católicas hay hoy en el mundo. Hay, sí, en muchas, y sobre todo en las más importantes, una opinión católica relativamente fuerte y hasta cierto punto respetada, gracias a circunstancias que no es preciso citar; pero esa opinión tiene siempre enfrente otra opinión no católica, incluso no cristiana, que contrabalancea su influencia cuando decisivamente no la vence; y la misma opinión católica no es unánime en el orden temporal; al que roza necesariamente el problema de los Santos Lugares que dentro de él ha de plantearse y con concesiones de ese orden resolverse. Y en toda reivindicación que pudiera intentarse, no hay que esperar que las sectas disidentes estén dispuestas a abandonar sus posiciones.

Con todo, los católicos españoles tenemos el deber, si no el derecho, de ser los primeros en levantar la voz. La reivindicación de los derechos de la Iglesia Católica en Tierra Santa y la defensa de los Santos Lugares ofrecen un motivo y brindan una ocasión para un movimiento en el que todos deberían tomar parte activa, y que, como punto de coincidencia de la dispersa cristiandad potente de los grandes siglos, podría abrir milagrosamente todas las esperanzas.

Y bien: ¿no es esto lo que Dios quiere?

Vicente Risco

(De *La Noche*, de Santiago de Compostela)

LA SANTIDAD EN EL TRONO

Isabel de Aragón, «Rainha Santa» de Portugal

«Coimbra, nobre cidade...»

Reúne en su seno la antigua ciudad portuguesa de Coimbra, una variedad de matices y aspectos que le imprimen un sello de inconfundible personalidad. Rodeada de un paisaje amable, de suaves ondulaciones henchidas de verdor, lamidas sus plantas por el majestuoso río que parece desfilarse ante ella saludándola solemnemente con suave inflexión de cabeza, yérguese abrupta y orgullosa sobre una colina, a modo de castillo roquero del espíritu y de la tradición de las tierras lusitanas. Por sus empinadas rías, y como abriéndose paso entre románticos templos y palacios adormecidos, transitan aun bulliciosos los grupos de estudiantes —“rapaços de capa e batinha”— tramando sus “caloiradas” y “julgamentos” bajo el mismo ritual de siglos anteriores. Y la Universidad varias veces centenaria, ennoblecida por excelsas figuras, con nuestro P. Suárez a la cabeza, es aun el relicario vivo de viejas glorias académicas que parecen perpetuadas en el estilo y en el aire de su “Sala dos Capelos”, de su Capilla y de su Biblioteca, del más floreciente manuelino. Coimbra, musa inspiradora de Camões, de Eça de Queiroz, de Eugenio de Castro, ciudad de trabajo y meditación, atrae aun hoy día por el perfil de su definida personalidad cultural y se ofrece como un remanso de sosiego y de paz abierto a las más nobles aspiraciones e ideales.

Para el forastero procedente de tierras catalanas encierra todavía Coimbra otro encanto singular. En la margen izquierda del Mondego, frente por frente del núcleo de la urbe, una construcción enalada de macizos torreones y largas hileras de ventanas, el monasterio de Santa Clara, guarda en su iglesia los restos mortales de la “Rainha Santa” de Portugal, Doña Isabel de Aragón, hija de Pedro III, el Grande, y de Constanza de Sicilia, que nacida bajo el cielo azul mediterráneo, pasó casi niña aun a compartir el trono del nascente reino portugués y el tálamo de su rey D. Denis santificando en aquellas tierras su vida y su reinado. Santa Isabel de Portugal es una flor exquisita de la virtud femenina y nobiliaria, un ejemplar destacado de la santidad en el trono en aquellos tiempos rudos y violentos que hacían de la virtud un auténtico heroísmo, una simpática figura que une espiritualmente en su regazo los reinos de Aragón y Portugal, contrapuestos geográficamente pero unidos por los vínculos de un destino común hacia la unidad hispánica. Si Aragón le dió la cuna, Portugal le dió el trono, y uno y otro pueden hoy invocar como santa a una hija de su cielo y a una madre de su tierra. Si para los portugueses es Santa Isabel de Aragón, para los catalanes es Santa Isabel de Portugal.

Coimbra, entre todas las ciudades portuguesas se ennoblece por el patronazgo de la “Rainha Santa”. Y no ciertamente sin merecidos títulos. Fué ésta uno de los primeros lugares que pisó Doña Isabel al entrar en Portugal y quedó para ella desde aquel momento como un oasis maravilloso en medio del destierro de este mundo. Coimbra no dejó nunca más de ser para la reina el apreciado retiro donde se refugiaba con preferencia, tierra de su afecto y predilección, teatro de sus principales buenas obras, lugar donde fijó su residencia definitiva cuando viuda, donde colocó su túmulo y donde quiso dormir su último sueño en espera de la hora del despertar final. Por esto, el nombre de la Rainha Santa va estrechamente unido al de la ciudad coimbricense. Santa Isabel de Aragón o de Portugal se halla también en calendarios y martirologios bajo el nombre de Santa Isabel de Coimbra.

De princesa de Aragón a reina de Portugal

El día 11 de febrero de 1282, la ciudad de Barcelona, siempre fácil al alborozo y a las albricias, tenía ocasión de presenciar una fausta solemnidad. Un rey de muy lejos mandara pedir la hija mayor del rey de Aragón. Y ahora, en el palacio de los soberanos, unos embajadores portugueses celebraban en nombre de su monarca los desposorios del mismo con la princesa Isabel. Nacida ésta, doce años antes —probablemente en la misma ciudad de Barcelona— reinando todavía su abuelo, D. Jaime el Conquistador, había pasado sus primeros años criada y educada junto al mismo, que mostraba para ella un especial cariño y predilección, complaciéndose en manifestar con frecuencia que aquella criatura había de ser la mejor princesa salida de la casa de Aragón. Contaba ya ésta con una ascendencia de santidad, la reina Isabel de Hungría, hermana de su abuela Doña Violante, la esposa del Conquistador. Y fué a impulsos de un cierto presentimiento que le fué impuesto en el Bautismo el nombre de aquella ilustre parienta que juntaba la dignidad del trono a los perfumes del altar. La nueva Isabel mostraba ya en su infancia una definida inclinación a la virtud, hablándonos las crónicas de su gusto por las piegarias, ayunos y limosnas. Pronto la fama de sus virtudes, de su talento y de sus mismas dotes físicas llamaban la atención de las cortes europeas y casi a un tiempo se hallaban en Barcelona, embajadas de los reyes de Inglaterra y de Nápoles solicitando del monarca aragonés para los herederos de sus tronos la mano de Isabel. Pero también aquí la razón de Estado había de decir la última palabra. Y no había de ser para Inglaterra ni para Nápoles la fortuna de contar con una reina santa sino para el nuevo reino de Portugal, que del otro extremo de la Península mandaba también sus embajadores ante Pedro III pidiendo la princesa para el mismo rey, recién subido al trono, Don Denis. Era la visión del político ante el peligro del expansionismo castellano-leonés, que había hecho fijar los ojos en el poderoso reino de Aragón, ya por entonces tendiendo sus alas por el Mediterráneo y mostrando augurios de gran potencia. Pero eran, en definitiva, los designios providenciales que habían señalado para tan alta princesa la noble figura del rey Denis y la encantadora tierra lusitana como campo en que había de florecer su virtud y su santidad. Y en tal fecha como la señalada más arriba fueron celebrados en la ciudad condal barcelonesa los esponsales por palabras de presente entre la princesa Isabel de Aragón y los procuradores del rey D. Denis de Portugal.

Y no fué sin nostalgia de padre y de rey, que Pedro III vió partir a su hija, ya reina de Portugal, de su casa y de sus brazos. Porque, dice una de sus crónicas (1), que la quería en extremo y tenía para sí que en conservarla en su casa recibía de Dios muchas mercedes. Pero, tras cierta resistencia, debió consentir en separarse de su hija

(1) Tomamos las referencias históricas de este artículo, en lo que concierne a los datos biográficos de la reina Isabel, principalmente del «Livro que fala de boa vida que fez a Rainha de Portugal Dona Isabel e dos seus boos feitos e milagres em sa vida e depoy da morte», crónica escrita pocos años después de su muerte por quien la conoció de cerca y cuya autenticidad está unánimemente aceptada por la crítica. De la bibliografía moderna nos atenemos en primer lugar a las monografías publicadas por el eximio Dr. D. Antonio de Vasconcelos, sin olvidar las «Memorias das Rainhas de Portugal» de Federico F. de Figanière, este último no ciertamente sospecho de religiosidad.



y confiarla a los embajadores portugueses y altos personajes de su reino para acompañarla en el largo camino. El mismo rey fué con ella hasta la raya de Tortosa. Y aquel soberano, altivo y orgulloso, que se enfrentaba con reyes y pontífices, lloraba emocionado "de a ver de partir de si pera nunca veer a cousa do mundo que melhor quer e mais amada". Isabel ya no volvería más a sus padres ni a su patria. Había empezado a ser —para siempre— rainha de Portugal.

Don Denis, el rey trovador

Era D. Denis, mozo de veintitún años al desposarse con la princesa Isabel de Aragón. Hacía sólo tres que había ascendido al trono de Portugal por muerte de su padre Don Alfonso, tras un reinado azaroso y lleno de luchas de toda índole. Pero el nuevo soberano contaba con una sólida preparación para el gobierno de sus estados y junto a un indudable talento rector, había heredado una fina educación adquirida en la convivencia de ilustres maestros que le habían puesto en contacto con el espíritu intelectual reinante en la época, sin contar con el influjo de su abuelo, el rey D. Alfonso el Sabio, de Castilla, de cuya obra y significación había de representar D. Denis la réplica portuguesa. Como el monarca castellano, Don Denis cultivó también la poesía trovadoresca, que por entonces ganaba en Portugal su momento de esplendor y fruto de su elevada inspiración fueron aquellos tiernos y delicados "Cantares de amigo" que figuran en los Cancioneros portugueses junto a los de otros trovadores como inapreciables antologías de la lírica medieval. Pero, además de poeta, no podía D. Denis olvidar que era rey, y puede realmente decirse, que en este aspecto fué tan buen monarca como buen poeta. Representa su reinado el momento de renovación de la monarquía portuguesa, que ya no era el viejo condado rústico y pastoril de Alfonso Enriquez, sino un reino, que habiendo completado la reconquista de su territorio iba a organizarse en su vida interna. Esta fué la labor de D. Denis: repobló ciudades, villas y castillos, colonizó tierras, impulsando el cultivo de las mismas, al punto de dar honra de "fidalgos" a los labradores y mereciendo por ello el nombre de "el rey Lavrador", fomentó el comercio y las ferias, legisló sabiamente, introduciendo en su reino las Partidas castellanas y organizó sólida y eficazmente la administración

de justicia. Y junto con ello, puso los fundamentos del desarrollo cultural de su país, protegiendo las letras y las artes y erigiendo la primera Universidad de Portugal, los Estudios de Coimbra.

Fué este monarca y este reinado con los que cupo vivir y compartir Isabel de Aragón. Y cabe afirmar que en su vida de esposa y de reina mostróse a la altura de los mismos, poniendo de relieve sus excelentes dotes morales y políticas, apoyo eficaz de la labor de Don Denis y justo correctivo en los puntos débiles de la misma.

Pero la nota más excelsa la representa la santificación de toda esta vida y este reinado, el haber ganado la gloria de la santidad no ya sin merma de la dignidad de soberana sino precisamente en el ejercicio de la misma. Siendo la santidad camino abierto a todos los estados y situaciones, mostró una vez más la reina Isabel de Portugal cómo es posible santificarse en el trono, santificando a la par el mismo trono. Bien puede decirse que Doña Isabel fué tan gran reina como gran santa.

La reina Isabel, ángel de paz

De su talento y prudencia en el orden político dan testimonio ante todo, la absoluta confianza que en ella depositó el rey de buen principio, asociándola en todos los actos y determinaciones de su gobierno, según se aprecia por el otorgamiento conjunto de las disposiciones soberanas, de tal modo que si alguna vez se separó el monarca del parecer mostrado por la reina —como ocurrió en el caso de la legitimación de los hijos de su hermano Don Alfonso— debió luego arrepentirse de su decisión. Y en los diversos testamentos otorgados por Don Denis, éste nombraba a su esposa primera testamentaria y tutora de sus hijos con encargo de que rigiera y gobernara el reino hasta que el heredero llegara a la mayor edad. Y si bien es cierto que le señalaba un consejo de personas notables para auxiliarla en su misión, añadía la cláusula expresa de salvar en todo el mejor criterio de la Reina, frente al de los consejeros nombrados.

Y aunque las circunstancias históricas no dieron ocasión a esta tutela de menor edad, sí, en cambio, dura fue el mismo reinado de nuestros soberanos ofrecieron diversas eventualidades, algunas de ellas, bien penosas y amargas, para que se pusieran de manifiesto no sólo la corrección y el buen tino de nuestra Santa, sino también y de modo primordial el celo por la concordia y la paz en el seno de la familia y en el conjunto de reinos hispánicos.

En varias ocasiones fué requerido Don Denis, por el enorme prestigio que le rodeaba, a intervenir en los negocios de estos reinos y nunca regateó su consejo o ahorró su intervención incluso con aparato bélico cuando este era indispensable, pero siempre dentro la máxima corrección política y diplomática, que le granjearon la fama de ser considerado como el primer rey de su tiempo. Regularmente, al lado del rey, pero en un plano más retirado y discreto, se divisa en todas estas ocasiones, como iris de bonanza, como garantía de paz, el perfil bello y simpático de la reina, compañera fiel y colaboradora inteligente del marido.

Las turbulencias de la nobleza en el vecino reino castellano intentando derrocar a su rey Fernando IV, obligaron a Doña María de Molina a pedir auxilio a Don Denis. Acudió éste y junto con él la reina, celebrándose varias entrevistas en poblaciones fronterizas con miras a la pacificación de los diversos bandos. Complicada luego la situación por la intervención creciente del rey de Aragón, que favorecía las luchas civiles castellanas y por las desavenencias entre ambos reyes motivadas por las respectivas pretensiones a las tierras murcianas reconquistadas, se intensificó la acción diplomática de los reyes portugueses y fué principalmente Doña Isabel, en delicada situación dado el parentesco que le unía a uno y otro soberano, la que gestionó, de modo oculto, pero con tesón y denuedo, la posibilidad de un acuerdo pacífico, que por fin se consiguió, aceptando los dos monarcas el arbitraje de Don Denis, quien acompañado de la reina pasó a Castilla y de allí a Aragón, donde tras entrevistarse con aquéllos dictó la resolución arbitral. Los documentos muestran al vivo la parte positiva debida a Doña Isabel en este feliz evento, que instó a su hermano, el rey de

Aragón, a celebrar la entrevista, y luego acompañó a Don Denis en tan largo y penoso desplazamiento.

Pero la misión pacificadora de la "Rainha Santa" se muestra en su más alto grado con motivo de la dolorosa guerra civil entre padre e hijo que amargó los últimos años de la vida de Don Denis. En las diversas alternativas de la misma, la reina Isabel usó de todos los medios para conseguir la reconciliación, no perdonando humillación ni desaire de uno o de otro en tan lamentables circunstancias, al punto que bien puede ser llamada víctima de la paz, ya que por el celo desplegado en buscar la concordia y amistad entre su hijo y esposo, sospechando éste, mal informado, la parcialidad y complicidad de la reina a favor del hijo, la apartó de sí, desterrándola en una villa y privándola de todos sus bienes. Resignadamente aceptó la reina esta ofensa, pero aun y así no cejó en sus nobles propósitos, y ante la inminencia de un combate sangriento, acudió, rompiendo el destierro, a los campos de Coimbra, a entrevistarse con su hijo, logrando un apaciguamiento del mismo y finalmente tras negociaciones llevadas por ella misma de uno a otro campamento, la reconciliación de ambos. No terminó en absoluto la contienda, y poco después, en ocasión parecida, junto a Lisboa, nuevamente, iba la reina esta vez ya iniciado el combate a interponer su cuerpo entre las dos partes contendientes, consiguiendo, tras su mediación, la deseada paz.

Y hasta el fin de sus días, la vemos ejercer esta misión de paz. Ya viuda y retirada en su convento, salió precipitadamente, pocos días antes de morir, al tener noticia que otro episodio sangriento iba a desarrollarse entre las tropas del rey de Portugal, su hijo, y las del rey de Castilla. El atropello del viaje la hizo enfermar, muriendo así en trance de otra misión de paz.

La que ya en su nacimiento había traído la pacificación entre su padre y su abuelo, fuertemente distanciados hasta aquel momento, y habiendo pasado por el mundo como ángel de paz para su casa y su pueblo vino a morir víctima de la paz, bien justamente podía merecer que la Iglesia la invocase en su Breviario como "Madre de la paz y de la patria".

Santa Isabel, benefactora de su pueblo

La acción benefactora de la reina Isabel en pro de su pueblo y de las gentes más necesitadas del mismo, constituye realmente la plenitud de su vida.

Sin rebozo puede decirse que la reina Isabel se desvivió por los hijos de su tierra adoptiva. La mayor parte de sus rentas —muy cuantiosas a consecuencia de la donación "propter nuptias" de Don Denis y de donaciones subsiguientes— eran aplicadas a socorrer las necesidades de los mismos así de modo individual como colectivo. Pero, además, ella misma con sus obras personales, con sus sacrificios, con su consejo, dió el ejemplo más excelso de la práctica del amor al prójimo.

Tenía particular compasión de los desgraciados que habiendo gozado de cierto bienestar caían en la pobreza, sufriendo en silencio su desventura. A estos sabía acudir la reina sin herirles su pundonor, haciéndoles ocultamente sus donativos con la mayor delicadeza. Se preocupaba del cuidado y educación de los hijos de nobles y caballeros, acogiendo a los huérfanos en su mismo palacio y teniendo en su compañía a las doncellas pobres que por falta de medios estaban expuestas a peligros morales, y a las cuales, llegado el momento, procuraba un adecuado casamiento, dotándolas incluso con sus propios medios, o bien la entrada en una Orden religiosa. A tal punto llegaba en este aspecto la caridad de la reina, que no sólo sabía sufrir resignadamente ciertas infidelidades de su esposo, sino que correspondía a las mismas aceptando en su corte los bastardos del rey y dándoles educación para desempeñar cargos y oficios públicos. Rasgo delicado de la profunda caridad de la Reina, bien atestiguado por el mismo Don Denis, que tras haber obtenido su perdón, confiaba con su indulgencia al dejarla tutora de tres de estos hijos bastardos, con poder sobre su persona y bienes.

Las fundaciones de establecimientos e instituciones benéficas, fruto de la caridad de Doña Isabel a lo largo de su vida, fueron numerosísimas en todo Portugal.

Un día, en Santarem, funda con el Obispo Martín, de Guarda, un Hospital llamado de los Inocentes para la crianza y educación de niños abandonados, que tras haber sido instruidos en algún oficio, eran colocados adecuadamente, pudiendo, en caso de enfermedad, volver a aquella casa de donde habían salido. Otra simpática fundación fué la del Hospicio de Leiria para personas de sexo femenino que habiendo vivido en mejores circunstancias, cayesen en la pobreza. Y en su querida Coimbra fundó una institución para la regeneración de mujeres perdidas, transferida luego para su villa de Torres Novas, a fin de apartar estas pobres desgraciadas del lugar que había sido teatro de su perdición. De los numerosos conventos fundados por ella o con su patrocinio merecen recordarse el de religiosas cistercienses, en Almoester, el de la Trinidad, donde dejó un legado para redención de cautivos, y, sobre todo, el de Santa Clara, en Coimbra, su obra predilecta, donde había de ir a demorar en su viudez y donde finalmente, por orden suya, había de descansar su cuerpo. En su testamento fueron munificados con generosidad la mayoría de conventos, hospitales y establecimientos pios de Portugal, destacando la gran profusión de dotes para doncellas pobres.

Un rasgo notable del amor de la reina Isabel por su pueblo fué manifestado con ocasión de una gran carestía de pan sobrevinida en el año 1333 por esterilidad de las tierras, al punto que según dice un texto, un "alqueire" valía quince sueldos y resultaba insuficiente como alimento de un mozo durante una semana, llegando el hambre a obligar a las gentes a pacer yerbas y "comer carnes de bestas mortas e outras cousas que non son pera comer omées nem molheres". Acudió a tal necesidad la reina que entonces vivía ya en su retiro de viuda y tras repartir abundantes limosnas, sufragó con su dinero la importación de trigo de tierras lejanas a precios elevados y puso generosamente sus graneros a disposición del pueblo hambriento, descuidando la satisfacción de su propia necesidad.

El «milagro de las rosas»

El pueblo poetizó bien pronto la fama de estas virtudes de su reina y la leyenda le atribuyó un rasgo milagroso de un encanto singular, que aun y no siendo histórico y habiendo sido atribuido asimismo a otras figuras, representa una idealización popular de la caridad y modestia de la "Rainha Santa". Es el "milagro de las rosas", de aquellas limosnas que llevaba la reina escondidamente en su regazo y que, sorprendida inesperadamente por el rey se convirtieron en fragantes rosas; leyenda que ha dado lugar a la representación iconográfica actualmente más conocida y popularizada de nuestra Santa.

En "A Esmola da Rainha" (la limosna de la reina), un poeta portugués de nuestros días ha glosado con aire sencillo y popular la bella leyenda de las rosas.

Es a la entrada del monasterio de Santa Clara, que el rey, que iba a visitar las obras del convento, se encuentra con su esposa saliendo del mismo.

"Onde vals Senhora minha
—velo-lhe o Rei perguntar—
"Onde vals de oihos tao meigos
e jeito tao singular..."

La reina, sorprendida, contesta discretamente:

"Vou-me ali ao miradoiro
"ver as pombas a voar;
"E a os pobrezinhos da estrada
"minha esmola vou levar.

El rey, a su vez, se interesa por ver lo que llevaba:

"Vinde ca, Senhora minha
"que vos quero pesquisar".

Pero quédase pasmado del aire deslumbrador de la reina. Y entonces:

A Rainha de oihos meigos
vendo o Rei em seu pasmar
amostrou-lhe em seu regaço
a esmola que la levar.

Y he aquí la limosna que llevaba en el regazo:

Das moedas que levava
nascem rosas de tocar.
"Senhor, aqui as tendes
nao culdeis de mau culdar..."

El perfume de las rosas de Santa Isabel, de sus virtudes delicadas y excelsas, aun hoy es percibido por el alma popular de su tierra.

La gloria de Santa Isabel

Murió la reina Isabel en 4 de julio de 1336, en la ocasión a que ya hemos aludido, saliendo accidentalmente del convento de Santa Clara, donde se había retirado al fallecimiento de Don Denis, ocurrido once años antes, considerando que habiendo muerto el rey "nos teemos que somos assi tamem morta co mel". Por voluntad suya, su cuerpo fué enterrado en la iglesia del Convento, en un túmulo de piedra con su estatua yacente labrado ya en vida suya, obrando bien pronto su intercesión numerosísimos prodigios que acentuaron rápidamente la fama de santidad que ya gozaba en vida.

La reina Isabel fué canonizada por Urbano VIII, en 1625, pero ya mucho antes el pueblo la apellidaba la "Rainha Santa" y había empezado a tributarle culto religioso en el monasterio de Santa Clara, adelantándose a la decisión de la Santa Sede. Hoy más que nunca se mantiene viva la devoción y fervoroso culto que le tributa el noble pueblo portugués y en especial los moradores de Coimbra. Pero el templo de la Reina Santa no es el mismo que ella fundó y en que vivió sus últimos años. Las aguas del Mondego lo inundaron y arruinaron y de aquel bello ejemplar gótico apenas si resta una mínima parte de las naves de la Iglesia. Fué en el siglo XVII que se construyó otro edificio para el monasterio de Santa Clara, no lejos del

antiguo, algo más elevado y a salvo de las embestidas del río. A él se trasladaron las "freiras" y con ellas el cuerpo de la Reina Santa, que fué depositado en un riquísimo sarcófago de plata colocado en un camarín sobre el altar mayor. Ya no están hoy en el convento anejo las "freiras" franciscanas que velaban amorosamente los restos de su querida fundadora; vientos revolucionarios y desamortizadores las sacaron de aquel retiro para dedicarlo al alojamiento de tropas. Pero el cuerpo de la Reina Santa recibe en el mismo lugar de su iglesia, respetada, la devoción del pueblo, fiel a su recuerdo y a su amor. Coimbra la erigió por "padroeira" y su efigie veneranda la vemos por doquier: cubriendo los muros de sus hogares, en las azulejos decorativos de sus quintas, en las advocaciones de establecimientos e instituciones... y la misma exclamación de ¡Rainha Santa! tiene en labios de sus hijos un dejo especial de angustia y esperanza a la vez.

Y cada año, al llegar con los calores de julio, que un día hicieron enfermar y morir a la reina Isabel, la celebración de su fiesta, la imagen de la Santa, bella escultura obrada por el cincel del artista Teixeira Lopes y ofrendada por la reina Amelia a la ciudad de Coimbra, es llevada triunfalmente por calles y plazas entre el apasionado entusiasmo de la ciudad que se viste de fiesta durante una semana en honor de su excelsa patrona. Mientras allá lejos, en la tierra que le vió nacer, una agrupación gremial de la industriosa ciudad de Barcelona le tributa también, como patrona suya, el culto de su filial devoción recordando el perfume de aquellas rosas, símbolo de las virtudes brotadas de su corazón. Que aun hoy, Portugal y Cataluña están unidas en el Cielo por la advocación de la gloriosa Santa Isabel que como dice la trova: "...foi Rainha no seu trono e santa no seu altar".

Coimbra, julio de 1946

J. M. FONT RIUS

La «Obra Nacional de la Buena Prensa»

Nos cabe hoy la satisfacción de publicar el siguiente artículo de colaboración recibido de Méjico, artículo que por otra parte inicia la serie de los que procedentes de Hispano-América irán enriqueciendo nuestras columnas en lo sucesivo.

Advertencia preliminar

Acabo de ver un hermoso número de la revista CRISTIANDAD que quincenalmente se publica en Barcelona. Es esta magnífica revista, a mi juicio, de lo mejor que nos ha llegado últimamente de España y una gran esperanza, tanto para la Madre Patria, como para nuestra América Española, donde, como dijo aquel gran escritor, todavía se cree en Jesucristo y se habla en español.

Animado al ver el rico material que atesoran sus páginas, me permito mandar, para que en ellas aparezca, una brevisima reseña de la "Obra Nacional de la Buena Prensa" que juzgo importante conozcan en España, pues aunque haya allá magníficas Editoriales, tal vez no se conozca ésta, que en pocos años se ha puesto a la cabeza de todas las Editoriales católicas que existen en la América Española, pues a la variedad y fecundidad de libros y folletos publicados, une sus diecisiete publicaciones mensuales y semanales, con un crecido número de suscripciones, de que luego daremos cuenta. Esta magnífica obra la dirige el R. P. José A. Romero, S. J.

Dicho Padre padeció un fuerte ataque al corazón, el 27 de febrero de 1941 y tanto los médicos como los que de cerca lo vieron en esos momentos, creyeron que había llegado su última hora; pero el Corazón Sacratísimo de

Jesús lo salvó milagrosamente y hoy se puede decir que está más lleno de vida que anteriormante.

Con motivo de esa enfermedad, escribí yo lo que a continuación quiero reproducir para los lectores de CRISTIANDAD, añadiendo al final, otra serie de datos interesantes, que complementarán mi artículo.

El profundo afecto y la íntima amistad que nos une desde hace muchos años, me permitió abusar de la confianza con el P. Romero y pedirle facilidades para revolver sus papeles. Mi fin no era otro que concretar la fecunda y benemérita labor que ha llevado a cabo la "Obra Nacional de la Buena Prensa", fundada y dirigida por él, quien como nadie se ha empeñado en dar a conocer las muchas obras buenas llevadas a cabo por miembros del venerable Clero Secular y Regular, y por destacados católicos seculares.

La "Obra Nacional de la Buena Prensa", tuvo como predecesora a la "Comisión de Prensa y Propaganda", del Comité Episcopal Mexicano, y después de desarrollar durante más de seis años su fecunda labor, acaba de dar como sazonado fruto la creación de la "Librería Editorial San Ignacio de Loyola", que abrió sus puertas al público católico de la República, a fines del mes de marzo de 1942.

Veamos, con brevedad, pero con datos elocuentes, la magna labor llevada a cabo por "Buena Prensa".

COLABORACIÓN

La predecesora de la «Buena Prensa»

Esta fué, como queda dicho, la "Comisión de Prensa y Propaganda" fundada por el Comité Episcopal en octubre de 1934, y puesta bajo la dirección del P. Romero.

Cuatro grupos bajo la dirección editó y defundió entonces con gran acierto dicho Padre: los documentos escritos por el Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz y Flores, Arzobispo de Morelia y Delegado Apostólico; los documentos del Vble. Episcopado Mexicano: las publicaciones periódicas aprobadas y bendecidas por el mismo Vble. Comité, como fueron la "Campana Espiritual", "Lo Sabías", "Christus", "Unión", etc.; y finalmente los libros y folletos cuya publicación patrocinó igualmente el Vble. Comité Episcopal.

He tenido ante mis ojos una larga estadística de todas estas publicaciones, las cuales, desde el 24 de octubre de 1934, hasta fines de abril de 1937, dieron un total de 9.428,800 de ejemplares. Cifra verdaderamente extraordinaria, si se tienen en cuenta las difíciles circunstancias de aquella época de persecución.

Muchos creerán que nuestro editor y difusor contó con fuertes sumas de dinero, pues necesariamente ese gran volumen de impresos ocasionó fuertes gastos; mas no fué así: su habilidad consistió en pedir la cooperación de todas las personas de buena voluntad y coordinar los esfuerzos de todos. Así fué como logró, con un pequeño empréstito de \$ 2.000.00 que cubrió a los pocos meses, sostener la publicación de toda aquella serie de acertados mensajes y orientaciones del Excmo. Sr. Delegado Apostólico, de aquellas magníficas Cartas Pastorales Colectivas, normas, instrucciones, etc., etc. del Vble. Episcopado, y de aquellas innumerables hojas volantes e interesantísimos folletos, que tanto ayudaron a unir en pensamiento y acción del venerable Episcopado, en tiempos ya relativamente más tranquilos, desapareció la "Comisión de Prensa y Propaganda", y se fundó la "Obra Nacional de la Buena Prensa", cuya aparición en público, puede decirse que tuvo lugar en junio de 1937, fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, al unirse a las publicaciones que había fundado y venía dirigiendo el P. Romero, las que integraban la "Editorial de El Mensajero del Corazón de Jesús".

La «Buena Prensa» en marcha

Como acabamos de indicar, nació públicamente esta benemérita obra, en junio, fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús.

La integraban las siguientes publicaciones: "Campana Espiritual", boletín mensual de la "Campana Espiritual por la Niñez Mexicana", que fundó con la aprobación y bendición del Vble. Episcopado el P. Romero, el 12 de marzo de 1934. El 14 de mayo de 1937, había logrado esta Institución reunir 85 diversas Asociaciones Píadasas establecidas en 4.890 Centros diversos, y un total de 1.380.698 socios. Además, durante los meses de octubre, noviembre y diciembre del año 1936, logró reunir por medio de todas las Asociaciones Píadasas unidas a la "Campana Espiritual", 34.629.937 diversos actos píadosos y sacrificios ofrecidos para impetrar al Corazón Sacratísimo de Jesús, por medio de nuestra Madre Santísima de Guadalupe, la defensa y salvación de nuestros jóvenes y niños mexicanos. La "Campana Espiritual" dejó de publicarse en diciembre de 1940.

En marzo de 1935, con la aprobación del Vble. Comité Episcopal, empezó a aparecer, la publicación popular semanal "¿Lo Sabías?", escrita por el inteligente y fecundo P. Cardoso, S. J., y difundida hábilmente por el P. Romero. Esta publicación se ha seguido publicando con gran éxito hasta nuestros días.

En diciembre de ese mismo año 1935, apareció el primer número de "Christus", revista mensual para Sacerdotes, de la cual decía pocos meses después "Les Essai Catholiques", de París: "Es la mejor publicación de esta índole que ha llegado a nuestras manos, por la variedad y amplitud de asuntos que trata". También ha seguido publicándose bajo la acertada dirección del Rvmo. Mons. Dr. D. Gregorio Aguilar, y con la cooperación y colaboración de buen número de Sacerdotes pertenecientes al Vble. Clero Secular y Regular.

El primer domingo de enero de 1937, apareció "Unión", como órgano oficial de la "Confederación Nacional de Asociaciones Píadasas", Confederación fundada anteriormente con la aprobación y bendición del Vble. Comité Episcopal, por el P. Romero, habiendo quedado como su primer Presidente y Director de la misma, el Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Maximino Ruiz y Flores, Obispo Tit. de Derbe. Esta revista verdaderamente popular y práctica, ha cumplido magníficamente con los fines que se propuso desde un principio.

Al mismo tiempo, aparecieron dos hojas de divulgación semanales, muy interesantes: "Catolicismo y Comunismo", especialmente dedicada a los obreros, y "Comentarios", dedicada a dar a conocer la Carta Apostólica "Firmisimam Constantiam", de S. S. Pío XI, y posteriormente otras importantísimas Encíclicas. Tanto "Catolicismo y Comunismo", como "Comentarios", se publicaron desde un principio dentro de "Unión", haciéndose aparte un sobretiro. "Comentarios" dejó de publicarse en mayo de 1940 y "Catolicismo y Comunismo" el último domingo de diciembre de 1941.

Otras dos hojitas de divulgación no menos interesantes, aparecieron en "Unión" desde su primer número y continuaban apareciendo semanalmente: "Vida Católica", y en el primer número de cada mes, "Favores del P. Pro". Esta última, la venía publicando desde 1930 el P. Romero, y "Vida Católica" ha sido una de las hojas populares que han logrado mayor éxito por su contenido y presentación, etc. Ambas publicaciones aparecen, como queda dicho, dentro de "Unión" y de las mismas se hacen sobretiros especiales.

En junio de 1937, se unieron las publicaciones mencionadas, "El Mensajero del Corazón de Jesús", órgano oficial del Apostolado de la Oración en México y la revista católica más antigua en toda la República: "La Cruzada Eucarística", órgano de la Cruzada Eucarística de los niños; y las "Intenciones Mensuales del Apostolado", pequeña hojita que mensualmente se distribuye a todos los socios del Apostolado.

En 1939 desapareció "La Cruzada Eucarística", como publicación mensual y empezaron a publicarse semanalmente "La Cruzada", revista para niños con historietas, cuentos, grabados a colores, etc., etc. y "La Cruzada Eucarística", pequeña hojita de divulgación que por su precio y contenido puede llegar a todos los niños que pertenecen a dicha Asociación.

En enero de 1938, dos revistas vinieron a engrosar las filas de "Buena Prensa": "Vida", fundada por el Sr. Pro. D. José Cantú Corro y que por dificultades administrativas no habían podido seguir publicándose. Dicha revista ha seguido apareciendo mensualmente y sólo quincenalmente durante el año 1940. En dicho año empezó a llamarse "Vida Contemporánea".

También en enero de ese mismo año vió la luz "Nuestra Vida", revista mensual en favor de las Misiones de la Tarahumara y Anking, que día con día ha ido mejorando y beneficiando esas dos importantes Misiones.

En ese mismo año empezaron a aparecer también, aunque sin fecha fija, las numerosas y fructuosas "Hojitas Prácticas". Hasta el presente, son 101 diversas las ya publicadas.

En enero de 1939, otra nueva publicación sumamente práctica vino a engrosar las filas de "Buena Prensa", llevando precisamente ese nombre, "Buena Prensa", Boletín Bibliográfico Mensual, en el cual se anunciaban cada mes los nuevos libros publicados por "Buena Prensa", o recibidos de otras Editoriales. El último número que apareció de esta publicación, fué el correspondiente a marzo de 1942, pues ya en abril quedó como una sección bibliográfica de "Nuestra Vida".

En ese mismo año, 1939 y en el mes de octubre, apareció el primer número de "Sodalitas", revista para los Congregantes Marianos de ambos sexos, la cual, cada mes ha seguido contribuyendo poderosamente a la orientación y unión de las Congregaciones Marianas en la República.

En marzo de 1940, y para ir preparando el próximo Congreso del Apostolado, apareció "Adveniat", revista especialmente dirigida a los Directores, Juntas Directivas y Celadores del Apostolado de la Oración y de la Cruzada Eucarística.

En febrero de 1942, "Vida del Alma", semanario instructivo religioso, fundado por el P. Romero, en Saltillo, en mayo de 1931, vino a unirse a "Buena Prensa" a petición del Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Jesús María Echavarría, dignísimo Obispo de Saltillo.

Finalmente, en marzo de este mismo año, "Montezuma", revista redactada por los seminaristas del Seminario Central Interdiocesano establecido en Montezuma, N. M. U. S. A., pidió incorporarse a "Buena Prensa" para ser más conocida y difundida.

Hemos enumerado las publicaciones que han integrado y siguen integrando la "Obra Nacional de la Buena Prensa"; imposible hacer la lista de todos los libros, folletos y otras publicaciones hechas por "Buena Prensa". Para formarse una idea de esta Obra colosal, bastan las estadísticas siguientes, formadas por las publicaciones hechas desde enero de 1936 hasta diciembre de 1941:

Revistas	7.051,924
Hojas de Divulgación	54.506,600
Libros y Folletos	1.253,842
Otras publicaciones	3.515,017

Total 66.327,383

Estas cifras son por demás elocuentes: según ellas, anualmente se han publicado más de un millón de revistas; las hojas de divulgación, que son las que van directamente al pueblo, han sido las más numerosas: es verdaderamente consolador ver que corresponden nueve millones de esas hojitas a cada uno de los años comprendidos en el período 1936-1941. No menos consoladora es la cifra de más de un millón, correspondiente a los libros y folletos, que por su índole suponen muchos mayores gastos para ser editados. Finalmente, el promedio anual de publicaciones de la "Buena Prensa" según los datos anteriores, ha sido de once millones de ejemplares. Y esto con los siguientes detalles curiosos: "Buena Prensa" no tiene imprenta propia, no tiene edificio propio y puede decirse que ni siquiera tiene capital, pues como suele repetir su fundador, él no ha tenido más gracia que estarle dando vueltas a un tostón, logrando que con lo que entra, se pague lo que se hace. Así se ha podido conseguir de hecho la difusión en grande escala de las buenas lecturas a precios sumamente económicos, el sostenimiento de dieciséis publicaciones periódicas y la edición frecuente de libros y folletos, y todo esto sin que se deba nada a nadie.

La «Librería y Editorial San Ignacio de Loyola»

A fines de marzo de 1942, abrió sus puertas al público en Doncelles, 105-D, la "Librería Editorial San Ignacio de Loyola", patrocinada por "Buena Prensa", si bien, económicamente independiente de la misma.

En adelante, "Buena Prensa", tendrá a su cargo la edición y distribución de todas las revistas y demás publicaciones periódicas que ha ido fundando, y de los libros anunciados en su catálogo número 9.

En cambio, la "Librería Editorial San Ignacio de Loyola", toma a su cargo todos los demás libros de las diversas Editoriales católicas nacionales y extranjeras y las sus-

cripciones a las principales revistas católicas nacionales y extranjeras, no publicadas por "Buena Prensa".

En esta forma quedan ambas instituciones, conforme al Derecho Canónico, a las indicaciones hechas por el Vble. Episcopado y a las normas dadas por los Superiores de la Compañía de Jesús, de los cuales depende el P. Romero.

El inmenso bien realizado hasta el presente, en el corto período de seis años, nos deja prever lo mucho que lograrán ambas instituciones en el futuro, para bien de las almas.

Datos complementarios

A lo dicho en marzo de 1942, debo añadir esta breve y substanciosa estadística que sintetiza la meritísima labor de "Buena Prensa" desde 1942 a 1945:

Revistas	9.956,391
Hojas de Divulgación	53.576,002
Libros y Folletos	1.411,361
Otras publicaciones	4.277,500

Total 69.221,254

Sumadas estas cantidades con las anteriormente dichas, que fué la producción de 1936 a 1941, nos dan las siguientes y definitivas que abarcan de enero de 1936 a diciembre de 1945.

Revistas	17.068,315
Hojas de Divulgación	108.082,602
Libros y Folletos	2.665,203
Otras publicaciones	7.792,517

Total 135.548,637

Esta última cantidad nos da un conjunto admirable, para bendecir a Dios y para felicitar al Director de la "Buena Prensa".

Teniendo este último dato a la vista, sacamos como promedio anual de publicaciones, el de trece millones y medio. Si cotejamos las revistas publicadas en los seis primeros años, con las de los cuatro últimos, encontramos casi un aumento de tres millones en este último período de los cuatro años. Algo parecido sucede si comparamos la cantidad de libros publicados en estos últimos cuatro años, con los editados en los seis primeros, pues aparece un aumento de más de ciento cincuenta mil ejemplares de libros y folletos, en los últimos cuatro años de referencia.

Por estas solas estadísticas no podrán nuestros lectores apreciar un dato muy importante que tengo a la vista y es el de los libros y folletos editados, que han sido en estos diez años ciento veintiún títulos distintos. Como en los diez años ha habido ciento veinte meses, el resultado es que "Buena Prensa" ha publicado un libro o folleto por mes, cosa muy digna de tenerse en cuenta.

En resumen, tenemos a la vista una obra nacida en medio de la persecución religiosa y bendecida abundantísimamente por el Corazón Sacratísimo de Jesús, la cual ha logrado realizar su lema, que en pocas palabras comprendía el ideal del propagandista católico: "Difundamos siempre la verdad y el bien".

JAVIER RODRIGUEZ, PBRO.



Noticiario quincenal

El II Congreso de la Unión Misional del Clero

Burgos ha sido de nuevo teatro de intensas actividades en brillantísimas jornadas misionales, superadoras en esplendor y concurrencia a las memorables de 1920 y 1921, en que se llevó a cabo la fundación del Seminario Nacional para Misiones Extranjeras en dicha capital.

Justo a los cinco lustros han vuelto a congregarse en la histórica ciudad, las más eminentes representaciones: El Cardenal Primado, el Nuncio de S. S., diez Arzobispos y Obispos, dos Vicarías Apostólicas de Perú y más de 600 sacerdotes, y entre el elemento civil los Ministros de Justicia, Ejército y Asuntos Exteriores, asistiendo al acto de clausura de la Exposición Misional el Jefe del Estado.

Digna de mención es también la lucida delegación de la nación hermana, Portugal. Como dijo en su discurso el P. Ferreira Sylva, Director de la Unión Misional del Clero en ese país, siempre existió unión y contacto entre ambas naciones hermanas, por lo que éste debe continuar en el futuro, animadas de los mismos ideales con que se realizaron las sublimes epopeyas de los descubrimientos del siglo XVI y de la luchas comunes en defensa de la Cristiandad.

Iniciado el Congreso con el acto inaugural del 17 de julio pasado, en cuya fecha tuvo lugar la apertura de la Exposición misional, en ese y días sucesivos se fueron desarrollando las distintas ponencias presentadas, tendentes todas ellas a fomentar y favorecer el espíritu misional entre los sacerdotes, estudiando el glorioso resurgir misional español y el modo de darle nuevos alicios para hacer de España la vanguardia misionera de la Cristiandad como ya lo fuera otrora. El 22 tuvo lugar la Asamblea General en la que se leyeron alentadoras palabras del Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, y el 23, tras de formular las correspondientes conclusiones, se procedió a la solemne clausura del citado Congreso.

Honores concedidos al Catolicismo en Inglaterra

El arzobispo católico que figura en la lista de honores del Rey no es otro que Monseñor Miguel Gonzi, Arzobispo de Malta; fué elevado a la categoría de Caballero del Imperio Británico, honor que no le ha sido conferido a ningún otro prelado católico viviente, y que no es otra cosa que tributo al heroísmo, cooperación y lealtad del clero y población de esa isla valiente, durante la guerra mundial número 2.

Otro nombre católico en esta lista de honores es el del Duque de Norfolk a quien se le concedió la gran Cruz de la Real Orden Victoriana por sus servicios públicos especialmente en el Ministerio de Agricultura.

También le fué concedido el título de Caballero al Teniente General Sir Archibald Nye, que durante la guerra fué subjefe del Estado Mayor Imperial; Sir Archibald, quien

entró al ejército como soldado, se dirige ahora a la India como Gobernador de Madras.

Los católicos canadienses están representados en la lista por el Sr. Luis St. Laurent, KC de Quebec, quien actualmente está en Inglaterra como Jefe de la delegación canadiense ante la Asamblea de las Naciones Unidas.

Finalmente han sido también honradas dos mujeres católicas de cualidades excepcionales, que son: la señorita Leslie Violet Lucy Whateley, a cuyo cargo ha estado la vasta organización femenina Ats, (Servicio Auxiliar de Transportes); que fué distinguida con el título de "dama del Imperio Británico", y la distinguida doctora A. J. Rewcastle. Teniente Comandante de la Flota Británica, también distinguida con la Orden del Imperio Británico, que fué presidenta de la liga católica femenina y y una de las primeras mujeres en obtener el título de cirujana en la Flota Británica.

Una gran figura del episcopado chino

Mgr. Yüpin es hoy una de las personalidades más influyentes del catolicismo en China, Obispo de la importante Diócesis de Nankín (capital de China), pertenece al Gran Consejo Nacional del Generalísimo Chang-Kai-Chek, del que forman parte poquísimas personas.

Su puesto de "representante de todas las religiones" en China es único. Cuanto se vote en el Consejo, en sentido religioso, ha de obtener la aprobación de Mgr. Yüpin.

Es asombrosa la actividad desarrollada por Mgr. Yüpin, avaro del tiempo; viaja en avión para acudir a las reuniones del Consejo, atender a las consultas de los Vicarios apostólicos, dar conferencias, officiar en las solemnidades del culto...

Sus íntimas relaciones con el Generalísimo le ayudan no poco en sus planes apostólicos. Por medio de Mgr. Yüpin envió el Papa una carta al Generalísimo Chang-Kai-Chek, elogiando su trabajo por el triunfo de la paz, la justicia y el orden social de China. El Generalísimo quedó sumamente agradecido a la felicitación pontificia, y remitió su contestación por el mismo Mgr. Yüpin.

A sus actos religiosos y funciones solemnes acuden grandes multitudes, sin excluir los intelectuales paganos. A una misa celebrada en Sanghai acudió lo más grande de la capital: Alcalde, Ministros, Generales..., contáronse entre los que presidían el acto más de cien autoridades.

El catolicismo en Oak Ridge

La ciudad de la bomba atómica, Oak Ridge, en Tennessee, de Estados Unidos, tiene una floreciente parroquia con unos 1.400 fieles que acuden a misa todos los domingos. En 1943, cuando se inauguró la primera iglesia, sólo acudieron 56 personas; ahora se dicen seis misas cada domingo, y la parroquia va creciendo notablemente.

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

VIDA

REVISTA DE ORIENTACION

Publicada por «BUENA PRENSA»

Apartado, 2181

MEXICO D. F.

Semanario

MISION

REVISTA DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Número suelto 1 peseta

Precios de suscripción:

Anual . . . 45.— pesetas

Semestral . . 22.50 „

Trimestral . . 11.25 „

Extranjero: 70, 35 y 17.50 Ptas.

Cruz, 1 - MADRID

LA OBRA MAXIMA

Revista de Misiones Carmelitanas



Pedro Egaña, 7
Apartado, 20

SAN SEBASTIAN